

LOS HEREDEROS DE LA HUMANIDAD

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

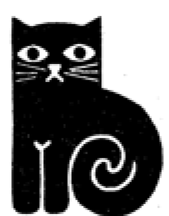


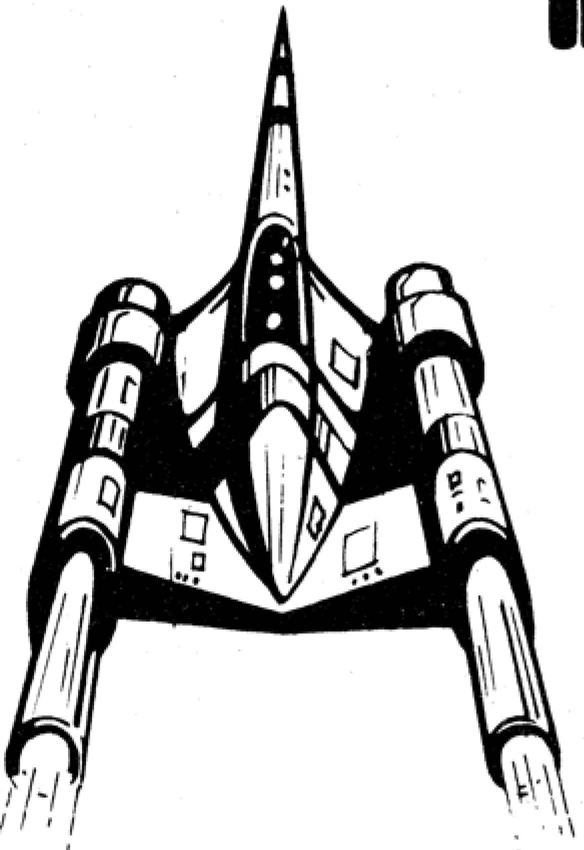
LOS HEREDEROS DE LA HUMANIDAD

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

572 — *Los malvados seres de Urrh* — Lou Carrigan

573 — *Crimen en el siglo XXI* — Curtis Garland

574 — *Quince días sin sol* — Kelltom McIntire

575 — *El poder en las sombras* — Ralph Barby

576 — *Enigma* — Glenn Parrish

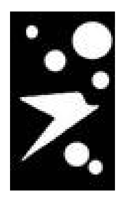
A. THORKENT

LOS HEREDEROS DE LA HUMANIDAD

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 577

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 20.658 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1981

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.** Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

Desde hacía unos días, Byron White me había estado llamando a mi apartamento con insistencia, según me dijo cuando al fin consiguió reunirse conmigo una mañana para almorzar.

Tomamos algunos *Martini* y luego nos sentamos en una mesa cerca del ventanal desde donde podíamos ver la bahía de Tampa. Charlamos de trivialidades y cada vez que Byron intentó hablar de los viejos tiempos pasados, me las ingenie para cambiar de tema; hasta que él se percató que no deseaba recordar mi antigua profesión de astronauta.

En los postres, saboreando sendas copas de *brandy*, Byron debió considerar que había llegado el momento de abordar el tema por el cual me había estado persiguiendo desde hacía días.

—Tengo un empleo para ti.

No respondí en seguida. Era consciente que tarde o temprano tenía que buscar trabajo. El dinero se me estaba acabando y por consiguiente la buena vida.

Decidí prestar atención a Byron.

—¿De qué se trata? —habría añadido que por supuesto no deseaba nada relacionado con los vuelos espaciales.

Pero aquello debía saberlo Byron, o al menos suponía yo que él debía tenerlo presente.

—¿Has oído hablar de *Sun's Enertoll*?

Asentí.

—¿Te gustaría trabajar para esa empresa?

—¿Qué clase de trabajo?

—Exactamente no lo sé. Hace dos semanas me llamó el propietario de la empresa, Thomas Ganister. Quiere contratarte.

—¿Conoces a Ganister?

—Bueno, me lo presentaron hace un año. Apenas tú habías dejado la NASA... —Byron carraspeó. Sabía que estaba entrando en un

terreno resbaladizo.

Sonreí, como quitando importancia al asunto y le animé a que prosiguiese.

—Pero Ganister ha oído hablar de ti. Sabe que eres un buen ingeniero electrónico y podrías aplicar tus conocimientos adquiridos en el desarrollo de nuevas técnicas para el aprovechamiento de la energía solar. Pensé que sería interesante para ti, Pete.

—Creo que la sede central de la empresa *Sun's Enertoll* está en California, ¿no?

—Si. Pero Ganister posee una propiedad en Droomville y me preguntó si yo podría llevarte allí como invitado suyo.

—¿Dónde está Droomville?

—Cerca de Memphis. Pete, he estado buscándote como loco. Aún me quedan unos días de permiso y Ganister llegará a Droomville dentro de dos. Pasará allí una semana, cazando y pescando. Pensó que sería un buen sitio para conocerte y discutir contigo ciertos términos. ¿Qué te parece?

Me encogí de hombros.

—Inicialmente no está mal. Todo depende de lo que ganaré al año.

—Oh, no dudo que será interesante la propuesta de Ganister. Su empresa marcha viento en popa y la energía solar cada día tiene más posibilidades. ¿Puedo decirle a Ganister que nos reuniremos en su propiedad?

Entorné los ojos. Podía decir a Byron que lo pensaría, pero me decía que no había ningún motivo para demorar la respuesta. El último año había estado divirtiéndome, gastando el dinero a manos llenas. Quizá para olvidar mi desencanto, el sabor amargo que me dejó la NASA.

También pensé en June. Fueron unas semanas maravillosas con ella. Pero cuando menos lo esperaba, se marchó. Dejó una nota en la mesita de noche despidiéndose escuetamente de mí. La noche anterior me había hecho una revelación que no esperaba. Ella estaba casada. Le pedí que se divorciase, pero me respondió que no lo haría, añadiendo que por mí, no por ella.

Resultó una noche inquieta. Insistí en que me aclarase las cosas,

que me revolvían el estómago las medias tintas. No sé qué me dijo acerca de que su marido era un tipo violento, que a veces la hacía vigilar.

Habíamos pasado unos días maravillosos en las Bahamas y por lo menos yo no vi a nuestro alrededor nada sospechoso. Dije a June que todo eran figuraciones suyas y que si estaba casada, estaba dispuesto a esperar. E incluso a hablar con su marido.

Ella alegó que le dolía la cabeza y se durmió. Pero lo fingió. Cuando me desperté ya no estaba. Entonces, después de buscarla y convencerme que había abandonado las islas, regresé a Tampa, para encontrarme con los recados de Byron.

De June sólo sabía que se llamaba Porter. Ni siquiera sabía donde vivía. Me la encontré en las Vegas e intimamos pronto. Cuando ella se acostó conmigo me pidió que nos marchásemos de allí. Fuimos saltando de ciudad en ciudad, hasta que tomamos un avión en Houston para las Bahamas.

Serenamente, mientras volvía a mi apartamento, rememoré pequeños indicios y me dije que era un estúpido al no haberme dado cuenta que ella parecía huir, que no le gustaba estar mucho tiempo en el mismo sitio. Sólo en las Bahamas pareció sentirse tranquila, hasta que surgió la inesperada marcha.

El día anterior yo había estado a punto de visitar una agencia de detectives. Quería que la encontrasen. Pero no pasé de la puerta. Si June quería estar conmigo ella podía encontrarme. Sabía dónde vivía. Solo tenía que llamarme y yo iría corriendo a su encuentro sin dudarlo.

La cuestión ahora era decidirme a alejarme de mi apartamento por algún tiempo. En mi ausencia podía presentarse June o llegar algún mensaje suyo. Por otra parte, el saldo de mi cuenta corriente había bajado considerablemente. Y la propuesta que me estaba haciendo Byron en nombre de Thomas Ganister, aunque no era firme, no resultaba despreciable.

—De acuerdo. ¿Cuándo vamos?

—Llamare esta noche a Ganister y concretaremos el día.

Byron estaba tan comento que pagó la comida. Me propuso vernos más tarde, cuando hubiese llamado a Ganister, y seguir la fiesta tomando unas copas.

Dije que no, que tenía que ordenar algunas cosas en mi apartamento. De todas formas prometió que me llamaría, sabiendo que estaría todo el día sin salir, apenas tuviese noticias de Ganister.

Más tarde, a solas en mi apartamento, cogí una botella de *bourbon* y me senté en la pequeña terraza.

Allí, sentado en un sillón de mimbre y gozando de la quietud de la incipiente noche, miré las estrellas.

Las maldije.

No podía ir ya hasta ellas.

Pero seguí mirándolas embelesado. Como un amante rechazado las amaba más que nunca. Y sentí celos por los que pudieran acercarse a ellas, poseerlas.

Byron White era uno de los afortunados. O al menos lo sería en breve, cuando el Proyecto Capella estuviese lisio.

Parpadeé cuando las brillantes luces del ciclo se me hicieron borrosas.

A causa de mi vista no había podido seguir en la NASA. Mi ojo izquierdo fallaba. Tal vez antes de unos años me quedaría sin visión en él. El motivo fue un estúpido accidente ocurrido durante los entrenamientos, un golpe sin importancia que meses después resultó que si la tenía.

Y yo, astronauta con experiencia, el más calificado para comandar el *Mizar II*, tuve que marcharme. Claro que me ofrecieron un puesto en la gran sala de control, para seguir el rastro de mis compañeros. Me negué. También dije no cuando me propusieron para relaciones públicas.

Decidí marcharme. Estaba demasiado irritado para seguir en Cabo Kennedy junto a las naves o en Houston en la estación de seguimiento.

Cuando abrí los ojos de nuevo, pude apreciar el vivido brillo de las estrellas. Mi visión volvía a ser normal, pero los oftalmólogos me habían asegurado que las crisis se harían más insistentes. Sólo tenía la posibilidad de operarme, pero por el momento no lo deseaba.

Eché más hielo y vertí whisky en el vaso vacío, preguntándome si Thomas Ganister conocía mi deficiencia. Seguramente sí, me respondí. Además, para asesorar un departamento de investigación, un par de gafas me daría cierta importancia y respeto.

Me reí tristemente de mi propia sugerencia.

De repente sonó el teléfono y me levanté como impelido por un resorte.

Era Byron.

—El señor Ganister nos espera dentro de dos días, Pete.

—Magnifico —respondí.

Pero mi voz careció del lógico entusiasmo.

* * *

Cole, el vigilante, me salió al encuentro apenas salí del ascensor y caminé por el aparcamiento subterráneo.

—Buenos días, señor Elwell —me dijo—. ¿Cuándo volvió?

—Anteayer, Cole. ¿Alguna novedad?

—Su coche está dispuesto, señor. Pero...

Me detuve delante del Ford, con las llaves cerca de la cerradura.

—¿Qué sucede, Cole?

—Bueno, creo que debí decírselo cuando llegó, señor Elwell. Lo sabía por el conserje.

—Dígame de qué se trata.

—Dos individuos estuvieron aquí la semana pasada haciendo preguntas referentes a usted.

Describí a Byron y Cole me dijo que no se trataba de él.

Sonreí de pronto, creyendo haber encontrado la respuesta.

—No se preocupe. Cole. Seguramente se trataba de enviados de alguna agencia que investigaban mi vida.

—¿No es extraño, señor Elwell?

—Nada de eso. Acaban de proponerme un trabajo —sonreí—. Es normal que mi futuro jefe, si es que llega a serlo, se interese por mi vieja privada. Supongo que les hablaría bien de mí, Cole.

El vigilante negó con la cabeza.

—No dije nada, desde luego. No me gustaron esos tipos, señor.

—Pues el conserje no me ha dicho nada.

—Dudo que subieran después que los eché de mala forma.

—No debió hacer nada de eso. Pero no se preocupe. Ah. Cole. Estaré fuera unos días. Iré a... Creo que se llama Droomville. Cazaré o pescaré y, de camino discutiré con mi posible nuevo jefe sobre mi futuro trabajo.

—Me alegro, señor Elwell.

—Quiero que me llame allí si una mujer pregunta por mi o se recibe algún aviso firmado por June Poner. Desde Droomville le llamaré para darle un número de teléfono donde podrá localizarme.

Entregué un billete de veinte dólares que Cole no quiso aceptar, pero que terminó guardándoselo después de prometerme que se tomaría unas copas a mi salud.

Retiré en el banco algún dinero y dejé mi cuenta casi a cero. Luego adquirí una escopeta de caza, cartuchos, trajes adecuados, cuchillo de monte, mantas y otras cosas que pensé me servirían. En la sección de pesca miré con el ceño fruncido las cañas. No me gustaba coger peces, pero la caza me satisfacía.

Si el señor Ganister era un apasionado de la pesca no estaba dispuesto a decirle que a mí también me gustaba. No sé ni tomar entre mis manos una caña.

Mis ojos se clavaron en un revólver *Magnum*. Pregunté el precio y terminé adquiriéndolo, después de rellenar los papeles y mostrar mi permiso de armas. Me llevé también un par de cajas. Si la caza no se presentaba óptima siempre podría distraerme tirando al blanco y sentir en mi mano el fuerte golpe del *Magnum* al apretar el gatillo.

Al regresar a casa charlé un rato con el conserje. Le di las mismas instrucciones que a Cole y le pregunté si a él le había interrogado alguien respecto a mi persona. El conserje me replicó que no.

Me encogí de hombros y subí al apartamento.

* * *

Dos días más tarde Byron y yo volamos hacia Memphis.

—La cabaña de Ganister está a unos cincuenta kilómetros de la

ciudad. Alquilaremos un coche —dijo Byron.

Le dije que mejor sería un jeep. Aunque no conocía el lugar, pensé que si había caza y pesca el terreno debía ser montañoso.

Llegamos a Droomville al atardecer. Era un pueblo pequeño, de unos diez mil habitantes. Cenamos y preguntamos por la propiedad del señor Ganister, pensando que debía ser conocido lo suficiente.

El dueño del restaurante aseguró no conocerlo, lo cual nos extrañó mucho.

En la gasolinera volvimos a insistir y el chico, mientras nos limpiaba el parabrisas con un trapo grasiento, dijo:

—Debe referirse al tipo que alquiló la cabaña del Camino Viejo. Tomen la carretera de la montaña y después de doce millas desvíense a la derecha. La encontrarán pronto. Es grande.

—Creí que Ganister era el dueño —dije aferrando el volante del jeep, mirando alternativamente a Byron y al chico.

—Oh, no. Llegó aquí hace poco, con una mujer, tal vez, su esposa. Luego vinieron otros preguntando por él. Me enteré que había alquilado la finca para cazar con unos amigos. Tiene que ser un tipo con mucha pasta —terminó riendo.

Pagué el gasoil y dije a mi amigo, mientras salíamos del pueblo:

—Me dijiste que era suya la propiedad.

—No lo sé cierto, pero tal vez no lo escuché bien —dijo Byron encogiéndose de hombros—. De todas formas esto no tiene importancia. Quizás Ganister me dijo que la pensaba alquilar con la intención de conocerla y comprarla después.

No le dimos más importancia y enfilamos el camino d los montes.

Resultó fácil localizar la casa. El sendero no era muy bueno y me alegré de haber alquilado el jeep. El bosque era denso, pero cuando apareció entre los árboles una casa construida con madera y piedras se abría alrededor de ella un amplio claro. Detrás se elevaban los grises muros de un barranco. Miré a lo alto y vi que debía tener unos sesenta pies de altura.

Comenzó un sendero de gravilla y dimos la vuelta a la casa, de la que salía humo por la chimenea.

Era casi de noche y nos alegramos de haber llegado. Había luces en la casa.

Aparque el jeep junto a dos berlinas. Más allá, casi cerca del bosque había un *Land Rover*. También vi un *Toyota* de chillón color rojo.

Cogimos el equipaje, las armas y subimos la escalera de madera.

Apenas llegamos al pórtico se abrió la puerta.

Un hombre de unos cuarenta años, con canas en los aladares y sosteniendo un vaso en la mano izquierda nos escrutó unos segundos en silencio. Noté el peso de su mirada en mí, pero en seguida sonrió y exclamó al ver a Byron.

—¡Hola, Byron! Creí que no ibais a llegar nunca. Pasad, pasad.

Byron me presentó. El hombre era Thomas Ganister y su apretón de manos fue fuerte, mientras me miraba a los ojos, como queriendo conocer mis pensamientos. ¿Acaso desde aquel momento me estaba juzgando como su posible empleado?

Nos hizo pasar al salón.

Allí había dos mujeres y dos hombres.

—Byron, Pete, éstos son John Callahan y Allen Scott. La belleza rubia es la periodista de *Los Angeles Mirror*, Adriana Paluzzia. Y ésta que nos mira tan seria es la señora Ganister.

Yo sonreía a todos, pero cuando miré a la señora Ganister creo que mi palidez no fue descubierta por todos a causa del tono rojizo que esparcía el fuego de la chimenea en la habitación.

Estreché las manos a todos, mas cuando tuve que hacerlo con la señora Ganister y me acerque a ella no pude reprimirme y susurré:

—June...

Se acercó Thomas Ganister, me palmeó amistosamente y dijo:

—Aquí debemos tutearnos todos. Somos amigos. Ah, mi mujer se llama June.

Pensé que los días que iba a pasar allí no iban a ser todo lo divertidos que me había asegurado Byron.

Y tenía profundas dudas de que fuera a empezar pronto mi

trabajo en las empresas *Sun's Enertoll*.

CAPÍTULO II

—Magnifica escopeta, Pete.

Me volví, Thomas estaba inspeccionando mi arma.

—Sí, señor. Es una *Gurdy* inglesa; magnifica —sonrió—. Pero demasiado nueva. Diría que apenas la has usado.

—Pienso estrenarla aquí, seň... Thomas —dije, recordando que me había pedido que nos tuteásemos.

—Ya. Veo que no le atrae la pesca, ¿no? Es igual. Estos parajes son estupendos. Cerca hay un río, que te hubiera satisfecho de haber preferido la pesca. Pero encontrarás grandes satisfacciones disparando. ¿Has cazado antes?

—Sí, varias veces. Pero no disponía de arma, por lo que pedí al encargado de la tienda que me recomendase una.

—Fue honrado, aunque te hizo cargar con una de las más caras.

Bebí un sorbo de whisky. Estuve tentado de decirle que también llevaba en mi maleta la *Magnum*. Vi que aquel hombre era un apasionado de las armas, pero quizá se hubiera reído de mí. ¿Un revólver para ir de caza? Tal vez por la mañana le mostraría la *Magnum*.

En el fondo de la sala las chicas, con la ayuda de John estaban preparando una cena fría. Mi mirada se cruzó con la de June y ella bajó la cabeza.

Al volverme noté que Thomas me escudriñaba. ¿Seguía algún proceso especial para escudriñar en la mente de los aspirantes a un puesto en su negocio?

Carraspeé y decidí ir al grano.

—Thomas, nuestro común amigo Byron me estuvo hablando de...

Entonces él puso una mano abierta delante de mí, instándome a que no siguiera.

—Todo a su tiempo, Pete. Tenemos tiempo —se sentó y con un gesto me pidió que hiciera lo mismo—. Hablemos ahora de otras cosas. ¿Te importa que toquemos el tema de los vuelos espaciales?

Creo que mi rostro expresó ligeramente que no me agradaba aquel tema, pero forcé una sonrisa.

—Me es igual.

—Por supuesto con Byron no puedo exponer mis convicciones porque terminaríamos discutiendo. Pero tú ya no eres astronauta y creo que serás objetivo preguntándote si estás de acuerdo con el proyecto Capella.

—¿Qué quieres saber? ¿Lo que pienso de él?

—Sí, eso es. Ah, te aclaro que no soy partidario del despilfarro del gobierno.

—¿Por qué no?

—Es obvio, amigo Pete. Aún no se ha explorado Marte y apenas las sondas enviadas a Venus están transmitiendo datos interesantes. La Luna sólo tiene unas míseras bases rusas y americanas que vegetan, sin encontrar rendimiento al alto costo que supone mantenerlas. ¿Qué pasa en el Gobierno, en el Pentágono? Los presupuestos espaciales están arruinando al país. Y ahora tenemos en ciernes el Proyecto Capella, con el absurdo intento de enviar una nave a Sirio, que está a más de ocho años luz. ¿Por qué no Alfa Centauro y reducir la distancia a la mitad?

Con la ayuda del whisky respondí:

—Hace tiempo que dejé de preocuparme por ese problema, Thomas. Pero es de todos conocido que las últimas investigaciones demostraron que en Alfa Centauro no hay nada que valga la pena. Una expedición se encontraría allí con planetas mayores incluso que Júpiter. En cambio existen posibilidades en Sirio.

—¡Pero esos miles de millones! —Ganister meneó la cabeza—. No, no es sensato ese desperdicio cuando en la Tierra el problema energético no se ha resuelto.

—Las centrales nucleares…

—¡Bah! ¡Siguen siendo tan sucias como hace veinte años! Nos causarán un serio problema algún día.

—En cambio los chinos están construyendo la mayor conocida —dijo Byron acercándose a nosotros—. Y dicen que están usando un sistema revolucionario para la refrigeración.

Thomas se levantó. Parecía alterarse lentamente.

—¿China? Esos tipos están locos. Esa Central Gigante, con la que confían producir energía para todo su país, puede explotar el día menos pensado. Lo presiento.

Adriana nos avisó que la comida estaba lista, pero ante el cariz que tomaba la conversación también se acercó y dijo:

—Tengo que dar la razón al señor Ganister, amigos —sonrió y la encontré encantadora. Me pregunté si aquel precioso pelo rubio era natural, pero su nombre parecía ser de ascendencia italiana y posiblemente fuese morena. Aunque cabía la posibilidad de que... Bueno, ella atrajo nuestra atención y prosiguió—: Hace unos días recibimos en la redacción un télex de nuestro corresponsal en Pekín. Si no lo publicamos es porque no podía darnos seguridad. Decía que las autoridades chinas estaban preocupadas porque la Central Gigante o la Central del Dragón, como también la llaman, ha empezado a producir problemas.

Thomas movió las manos y nos miró con ojos muy abiertos, como alegrándose de lo que anteriormente había expuesto.

—¿Lo veis? La solución está en la energía solar. Nada de centrales nucleares. El sol nos proporciona energía limpia.

Byron chasqueó la lengua y torció la cabeza.

—No le alegres, Thomas. Si es cierto lo que dice no debes sentirte como un profeta que le acaban de comunicar que sus profecías están cumpliéndose. En Florida empezamos a preocuparnos hace años, cuando tuvimos informes de que los chinos empezaron la construcción de la Central del Dragón —se volvió para mirarme—. ¿No es cierto, Pete?

Dije que sí con la cabeza, pero la realidad es que no me acordaba muy bien.

—¿Por que? —preguntó Ganister.

—Efectos del síndrome. Si el escape se produjese por el subsuelo podría afectamos, como bien sabéis.

—Los chinos aseguran que poseen los más completos medios de seguridad —dije.

—Pero nadie los ha visto. Aunque —Byron se encogió de hombros — afirman que nunca podrá escaparse la radiación por el exterior, no

han sido muy explícitos acerca de las seguridades subterráneas. Sólo informaron acerca de una especie de rejilla detectora.

—¿Una rejilla? —sonrió Adriana—. No oí hablar de nada semejante.

—Sí, los chinos dicen que es una alarma, pero no estoy seguro. De lo que estoy cierto es que si se produjese un escape radiactivo que atravesase la corteza terrestre y llegase a América, a los Estados centrales, la radiación sería aislada, en focos de poco diámetro, pero muy intensas.

—Especulaciones —dijo despectivo Thomas—. Volviendo a mis parcelaciones...

—Basta de charlas —dijo June—. La comida está lista y la cerveza puede calentarse.

Nos dirigimos a la mesa. La discusión proseguía, pero derivando por otros derroteros menos acalorados. Yo intenté sentarme al lado de June, pero ella me rehuyó sin importarle mucho demostrarlo.

* * *

No me sumé a la partida de póker. Preferí quedarme sentado en el salón, fumando.

June salió de la salita donde se desarrollaba la partida. Había llevado más whisky allí y la vi dirigirse a la cocina. La periodista había subido a su cuarto y June estaba sola, por lo que la seguí.

Carraspeé al entrar en la cocina. Sin volverse, como si intuyera que de mí se trataba, June dijo:

—Encontrarás hielo ahí. —Y me señaló el frigorífico.

—Tenemos que hablar.

Entonces June se volvió despacio. Seguía sin querer mirarme a los ojos.

En un susurro dijo:

—Debes irte, Pete.

—¿Qué ha pasado? —inquirí tomándola por los hombros.

—Nada, nada. Mi marido me dijo que vendría un invitado muy especial, pero no pude suponer que fueras tú.

—Tu marido —mascullé—. Debiste haberme dicho quién era. Es divertido. ¿Sabes que quiere contratarme?

Ella alzó la mirada.

—¿Y tú le has creído? Oh, Pete, ¿por qué no buscas una excusa y te despides de todos? Debes marcharte.

—¿Estás loca? Nadie se tragaría ninguna excusa…

—¿Es que no te has preguntado cómo ha sido posible este encuentro?

—¿Qué quieres decir?

—No ha sido una coincidencia que tú estés aquí, Pete. Thomas me vigilaba. Lo supe en las Bahamas. Por eso te dejé y volví con él.

—Tú no le amas.

—Eso no tiene importancia ahora.

—¿No? Yo creo que sí. Y mucha. Puedo hablar con él.

—Ni lo pienses. Es un hombre violento. Y está John Callahan, su perro faldero. Pero es un pastor alemán, no un perrito chihuahua.

—¿Qué insinúas?

Ella se pasó la mano por la frente. Miró por encima de mi hombro. Alguien pasó por la sala grande. Entonces June abrió el frigorífico y empezó a extraer cubitos de hielo. De espaldas a mí, dijo:

—Si no quieres marcharte esta noche hazlo mañana a primera hora; no participes en la cacería. Di que estás enfermo y lárgate.

—No lo haré si antes no das explicaciones. ¿Qué te obliga a estar junto al hombre que no quieres?

—Le temo, Pete. Es violento.

—Parece una buena persona, aunque se excite al discutir.

—Me casé con él hace dos años —hablaba apresuradamente, mientras seguía echando cubitos de hielo en la heladera—. Al poco demostró su verdadero carácter y pocos meses después escapé de su lado. Entonces te conocí y me olvidé de todo. Fui una loca, lo admito. Ahora quiero que todo vuelva a ser como antes. Thomas me ha asegurado que lo olvidará todo, pero no lo creo. No le creí antes y

menos ahora. Cuando me dijo que vendríamos aquí a descansar unos días me imaginé que tal vez cumpliese con su palabra, pero al verte entrar…

—Esta situación no puede continuar así, June. Somos civilizados. Nadie puede impedirte pedir el divorcio —la miré, notando su creciente nerviosismo—. ¿O es que existe algún impedimento? ¿Tenéis algún hijo?

—No. Thomas es irlandés, católico y no admite el divorcio.

—Eso no es problema si tú lo deseas.

—Pondrá dificultades. Vuelve al salón, Pete. Pueden vernos.

—Tu marido está jugando al póker.

—Pero no Callahan. Desconfía de él.

Me puso entre las manos la vasija con el hielo y me pidió en silencio, con ojos ansiosos porque la hiciera caso, que me marchase.

—Discutiremos esto otro día. Mañana.

—Mañana debes irte de aquí. Volver a Memphis.

—Nada de eso —sonreí. Estaba decidido—. ¿Duermes con él?

Mi pregunta la sorprendió y no tuvo tiempo de pensar una mentira.

—No, pero…

—Entonces esta noche prepara tus cosas y baja. Te esperaré fuera. Nos iremos en el jeep. Creo que a las tres de la madrugada sale un avión para Nueva York. Allí las cosas nos parecerán más sencillas.

—¡No lo haré! —susurró ella.

—Sí. Lo harás —me alejé sonriendo, queriéndole dar ánimos.

Al regresar al salón me encontré con John. El perro guardián de Thomas volvía a la habitación donde se celebraba la partida.

Me encogí de hombros. Eché hielo al vaso y luego me serví una buena dosis de whisky.

No creía que Callahan nos hubiese escuchado. De todas formas no lo temía. Tampoco a Thomas Elwell. Allá aquel tipo con su propuesta de empleo. Que dejase en paz a June.

* * *

Había estado tumbado en la cama más de dos horas, esperando que en la casa se hiciera el silencio total. La partida de póker había cesado hacía un buen rato y sólo estaba aguardando un plazo prudencial para bajar.

Recogí mis cosas, incluso la escopeta en su funda de cuero. Tendría que dejarla en el aeropuerto, ya que no me dejarían subir con ella al avión. Pensé que tendría tiempo para mandarla por correo a un hotel en Nueva York donde pensaba alojarme con June.

Bueno, yo estaba seguro que June no iba a fallar a la cita.

Me levanté y abrí un poco la puerta de mi dormitorio. El pasillo estaba en penumbras. Al fondo había una luz tenue. Cogí la maleta y la escopeta y salí.

Bajé silenciosamente los escalones, de puntillas. Me guie por la tenue luz rojiza que lanzaba el moribundo fuego de la chimenea.

No había nadie en el salón. Me acerqué a la puerta de salida y esperé allí, después de descorrer el cerrojo.

Miré la hora. Más de medianoche, pasados unos cinco minutos.

Si June estaba dispuesta a seguirme no podría tardar.

Entonces me hice una pregunta. ¿Qué haría yo si June no bajaba? ¿Volvería a mi habitación o me marcharía?

Esto último no me gustaba hacerlo solo. Si tenía que alejarme de allí sería acompañado por June. En caso contrario esperaría.

Escuché un ligero rumor sobre la alfombra de la escalera.

Me envaré y ansiosamente intenté taladrar la penumbra.

Cuando reconocí la silueta de una mujer casi resoplé de alivio.

June se acercó a mí. Llevaba de la mano una pequeña maleta. Yo avancé un paso hacia ella.

La tomé de la mano y la aproximé a mí, besándola. Hubiera estado así mucho tiempo, pero éste no era abundante para nosotros. Nos separamos, sin decirnos nada. ¿Para qué? Ambos estábamos de acuerdo y eso era suficiente.

—Démonos prisa, Pete, por favor —me suplicó ella.

Yo sonreí y puse la mano en el picaporte de la puerta. Entonces ésta se abrió violentamente.

En el dintel estaba John Callahan, quien mirándonos sonrió.

—Hace una noche fría para pasear, señor Elwell —dijo.

—Déjenos pasar —dije, enfurecido por aquella aparición.

—Nada de eso —replicó empujándome—. El señor Ganister tendrá sumo placer en hablarle, señor Elwell.

Cuando de nuevo intentó empujarme agarré su muñeca con las dos manos y lo volteé por encima de mí.

John era un tipo corpulento y su caída resonó en la casa como un cañonazo. No había tiempo que perder. Tomé a la atónita June por la mano, intentando sacarla de la casa.

Pero ella estaba clavada allí, incapaz de moverse. Al girarme vi que desde el suelo, lamentándose, John estaba sacando una pistola del interior de su zamarra.

June gritó. Yo estaba demasiado lejos de John para lanzarme contra él. Tampoco tendría tiempo de escapar por la puerta abierta ligeramente.

El resplandor de la chimenea alumbró la cara de John. Su gesto crispado, lleno de dolor, era una demostración elocuente que pensaba disparar contra mí.

Entonces ocurrió aquello.

Obviamente, John Callahan no pudo disparar.

CAPÍTULO III

La casa tembló y un vivido resplandor penetró en el salón por la entreabierta puerta. La fuerza huracanada desgarró la puerta de roble. June y yo fuimos impulsados hacia el interior.

Caímos cerca de John que había perdido el conocimiento.

Entonces sentí que el aire fallaba a mis pulmones. Sentí un terrible ahogo. Intenté levantarme, poniéndome primero de rodillas.

Sentí la profunda vibración debajo de mí y el resplandor cegador del exterior perdía intensidad.

Rodé por el suelo y perdí el conocimiento.

Cuando abrí los ojos tenía delante de mis ojos el reloj. Eran las dos de la madrugada. Habían pasado casi dos horas desde que sucedió aquello.

June seguía inconsciente y más allá John jadeaba.

El aire era más respirable, pero sentí que mi garganta ardía. Me arrastré hasta la mesa llena de bebidas. Las botellas estaban rotas, pero dentro de la vasija del hielo había agua. Todavía estaba fría y bebí un largo trago. El resto me la eché por encima de la cabeza.

Mojé un pañuelo y volví junto a June. Le humedecí la frente y me sentí mejor cuando vi que abría los ojos

La tomé entre mis brazos y la deposité en un sofá. Ella me sonrió y murmuró algo que no entendí. Pero estaba bien y era lo importante.

Entonces me levanté y traté de ver algo. El fuego de la chimenea se había apagado casi totalmente y apenas veía algo en el salón. Me dirigí a un interruptor y lo apreté. No tenía mucha confianza de que hubiese luz, pero parpadeé contento cuando las luces se encendieron.

El terremoto o lo que fuese había derribado muchas cosas. Lástima de whisky desperdiciado, pensé viendo que el bar se había perdido al caer la mesa.

John Callahan seguía gimiendo. Lo cogí por los sobacos y lo arrastré un par de metros, pero pesaba demasiado y yo solo no podía izarlo hasta un butacón. Me limité a ponerle un cojín debajo, de la cabeza.

Al escuchar que bajaban por la escalera me acordé que había más gente en la casa.

Bajaron Byron y Adriana. Mi amigo se sujetaba el brazo derecho y al verme sonrió un poco, pero en seguida torció el gesto con dolor.

— ¿Qué demonios ha pasado? —preguntó. Se apoyó contra la pared, perplejo.

—Un terremoto, sin duda —dijo Adriana, muy pálida—. Demonios, no sabía que aquí hubiera terremotos.

—Aunque esto no es California a veces puede haberlos, ¿no?

—Ha sido muy raro. Perdí el conocimiento. Fue como si estuviera muriendo. Sentí que el aire ardía primero y luego desaparecía de mi alrededor —dijo Adriana, estremeciéndose.

Asentí. Era algo parecido a lo que me había hecho perder el conocimiento. Byron reconoció que cayó de la cama y no pudo levantarse porque experimentó algo parecido.

—Me asomé al dormitorio de Thomas. Está inconsciente, pero bien. Su pulso es normal —dijo Byron.

—¿Y Allen Scott?

Ahora baja —dijo Adriana secamente.

Pensé que tal vez Scott había estado en el cuarto de ella y pese a las singulares circunstancias, Adriana no quería reconocerlo.

Scott bajó pronto. Renqueaba un poco y tenía una tirita en la mejilla. Se disculpó, explicando:

—Estaba en el lavabo y el espejo saltó —rio nerviosamente—. Creo que me quedé sentado en la taza. Desde luego, no era mi postura muy seria.

Hubiera reído de buena gana en aquel momento. De todas formas me sentí más aliviado. No había pasado nada irreparable. Al mirar hacia donde estaba Callahan, recordé que el pequeño problema mío y de June seguía latente. Determiné que podía esperar, al menos por algún tiempo. Me fijé, como máximo, fuese hasta que nos hiciéramos cargo de los daños.

—La casa ha resistido el movimiento sísmico —dijo Adriana observando las vigas del salón.

—¿Qué le pasa a John? —preguntó Byron yendo hacia él.

Le observé en silencio. No estaba dispuesto a darle ninguna explicación. Sabía que Byron tenía conocimientos de medicina porque antes de entrar en la NASA permaneció algunos años en la Facultad, hasta que se convenció que su porvenir no estaba allí.

Se levantó moviendo con pesimismo la cabeza.

—Tiene unas costillas rotas y daños en la tráquea. Tendremos que evacuarle a Memphis o a Droomville cuanto antes Le haré una cura de urgencia. ¿Qué le ha pasado?

Volví la cabeza, encogiéndome de hombros. De soslayo vi que Byron me dirigió una mirada intranquila. Aunque mi defensa no le había partido el brazo el golpe le dañó bastante. No era mi intención, pero recordé que John había estado a punto de dispararme y no sentí ninguna compasión por él.

Thomas Ganister bajó tambaleante. De vez en cuando se llevó la mano a la cabeza. Tenía la mirada perdida y parecía no hacerse cargo de la situación. Al descubrir a su lacayo semiinconsciente preguntó qué le pasaba. Byron le tranquilizó.

—Le haré una cura de urgencia ahora mismo —añadió—. Se pondrá bien cuando reciba asistencia adecuada.

—¿Por qué no habla?

—Lo hará pronto. Pero puede escuchar y le tranquilizaremos.

Thomas asintió. Sobre el pijama se había puesto una bata de seda, que empezó a abrocharse. Nos miró a todos con aire ausente.

—¿Qué ha pasado?

—Un terremoto —suspiró Allen Scott—. O al menos es la explicación lógica.

Byron pidió maderas, que obtuvimos rompiendo un par de tableros de ajedrez. Adriana y June trajeron sábanas con las que sujetó las tablas alrededor de la cintura de John. Mi amigo hizo una buena labor y entonces dijo:

—Podemos llevarle hasta el jeep encima de una tabla —miró a Thomas—. ¿Hay algo parecido por ahí?

—En la cocina he visto una plancha de madera —dijo June—.

Quizás la usaban los anteriores inquilinos.

Cuando ella se dirigió a la cocina me pregunté cómo es que hasta entonces ninguno se había dado cuenta que tanto June como yo vestíamos ropas de calle. Claro que John también llevaba una camisa y pantalones vaqueros, además de una zamarra de cuero.

Seguramente todos estaban tan confundidos y llenos de aturdimiento que no pensaban racionalmente.

En la cocina susurré a June que se quitase la chaqueta de su traje sastre. Cuando lo hizo la ayudé con la plancha y entre todos colocamos en ella a John con sumo cuidado.

Aquel tipo seguía lanzando gruñidos. Mi cara se acercó a la suya y nos miramos fijamente unos segundos. Sus ojos brillaron y parecieron querer fulminarme.

Cogí la plancha transformada en camilla por un extremo. Byron y Thomas lo hicieron por el otro extremo. Allen acudió a ayudarme y yo pedí a Adriana que abriese la puerta.

Estuvimos a punto de soltar la plancha. Aunque era de noche la Luna debía estar iluminando el exterior, y por lo tanto debería verse parte del cercano bosque.

Había niebla, una espesa niebla que lanzó jirones al interior.

Y aquel aire frío, atenazante.

Pero cuando la niebla pareció desaparecer por un instante no vimos el bosque. Sólo una intensa negrura.

* * *

Después de beberme un buen trago volví a salir al exterior

Hacía frío.

Byron todavía seguía allí. Los demás, después de la inesperada y desagradable sorpresa habían vuelto al interior y ninguno parecía tener el menor deseo de enfrentarse a la realidad.

Tenía helados los dedos, pero conseguí encender un cigarrillo.

En cambio Byron no parecía estar afectado por el frio. Sólo llevaba el pijama y un chaquetón que había cogido del perchero.

—¿Qué te parece esto? —pregunté, mirando con aprensión el

alrededor.

No me respondió y pensé que era lo más lógico. ¿Qué podía decirme?

Anduve unos pasos, despacio. La niebla se había esfumado de nuevo. Era algo insólito. Llegaba y desaparecía de forma desconcertante.

Cerca de la casa estaban las dos berlinas, con una gruesa capa de polvo. Un poco más allá, delante nuestro, el jeep Y a unos metros del jeep lo que quedaba del otrora reluciente *Toyota*. Es decir, la mitad del coche japonés.

Más allá del Toyota parecía estar la frontera de lo irreal.

La seguridad, al menos lo que nosotros considerábamos como seguridad para nuestra integridad tanto física como mental, se limitaba a unos veinte metros delante de la casa. Atrás seguía existiendo el muro de rocas. A ambos lados de la casa quedaban restos del bosque, quizás un centenar de árboles.

Alcé la mirada al cielo.

Allí estaban las estrellas, las mismas de siempre. Las noté más tenues, como si las capas atmosféricas se hubieran espesado.

—¿Qué ha pasado, Byron? —insistí.

Mi amigo se volvió lentamente, hasta enfrentarse a mí. Su rostro mostró una honda preocupación bajo la suave luz del pórtico de la casa.

—Ojalá lo supiera ya, Pete.

—Pero lo averiguaremos, ¿no?

—Sí. Pero pienso que deberíamos saberlo cuanto antes. Más tarde podría resultar peligroso.

Me hizo una seña para que le siguiera. Byron sacó una linterna, la misma que había usado cuando salimos al exterior por primera vez después del terremoto, cuando Adriana abrió la puerta y nos topamos con aquel, misterioso paisaje que nos rodeaba.

Le seguí.

Llegamos hasta donde estaba la mitad del *Toyota*. Había desaparecido la parte de atrás, justo hasta los asientos delanteros. Era

un corte brutal, nada limpio.

Y en el mismo nivel donde el coche se había dividido, comenzaba el descenso casi vertical del terreno.

Byron alumbró aquel sitio por segunda vez aquella noche. El haz de luz nos permitió ver, casi dos metros más abajo, un terreno gris y rocoso.

Empezó a caminar hacia la derecha, siguiendo el sendero improvisado que discurría cerca del borde del terreno que se había hundido.

Más allá de lo que alcanzaba la luz de la linterna era una total oscuridad. Dije:

—Tendremos que esperar a que salga el sol —miré la hora—. Ocurrirá dentro de cuatro horas y media.

Entonces Byron me indicó el éste. Creí ver unos tímidos resplandores surgir de una masa negra.

—Me parece que el sol aparecerá dentro de poco. Antes de media hora.

Mi reloj estaba bien, no había duda.

¿Qué pasaba en aquel mundo que parecía haberse, vuelto loco?

CAPÍTULO IV

John Callahan dormía profundamente a causa del sedante que Byron le había suministrado.

Los demás escuchaban a mi amigo, quien después de tomar dos tazas de café bien cargado, dijo:

—Sólo puedo hablar de la situación de esta casa. Juntó a la entrada el terreno sigue igual. A los veinte metros se interrumpe. Entonces comienza una zona árida, rocosa. Los bosques han desaparecido y creo que también los montes. Es curioso, pero este círculo irregular que nos rodea está elevado entre dos y tres metros sobre la tierra seca y gris. Detrás de la casa, como un grotesco decorado, está la masa de roca que era el barranco.

Byron los miró a todos. Solo él y yo habíamos llegado hasta allí. Pero lo habíamos visto y quien no creyese a Byron podía caminar un centenar de metros y verlo con sus propios ojos. Byron dijo:

—Sí, es como un decorado de teatro, pero de rocas. Apenas tienen un metro de grosor. La montaña ha desaparecido. Detrás no hay nada. Bueno, nada que nosotros recordamos de ayer. El terreno vuelve a hundirse y desaparecer en el horizonte igual, rocoso y árido. No nos hemos atrevido a bajar, pero Pete y yo hemos podido ver cómo la parte de atrás del barranco está cortado, ásperamente, pero cortado. Como si un hacha gigantesca hubiese caído sajando el monte como si de mantequilla se tratase.

Byron encendió un cigarrillo. Fumó unos instantes y mirando las pumas de sus botas, añadió roncamente:

—El sol pronto nos permitirá ver lo que nos rodea.

Se volvió para interrogar a las mujeres con la mirada.

—No quiero histerismo —agregó.

Adriana fumaba nerviosa.

—No estoy histérica.

John alzó la cabeza, agitándola. No respondió nada.

Allen Scott caminó unos metros por la habitación, echando de vez en cuando miradas temerosas a las ventanas, que tenían las persianas

echadas.

—Tenernos los coches —dijo deteniéndose.

—Sí, claro —asintió Byron—. Todos excepto el *Toyota* parecen no haber sufrido daños.

—¿Y el *Land Rover*?

—Pensé que lo habíamos perdido, pero está fuera de lo que podemos llamar nuestro círculo de seguridad —dije

—¿Es que no ha desaparecido?

—No. Byron lo vio fuera del contorno. Parece ser que donde estaba el terreno se inclinó y resbaló sobre la tierra gris por una suave pendiente. Está a unos tres metros, y al parecer intacto.

—¿No lo habéis revisado? —preguntó Thomas Ganister.

Byron torció el gesto, molesto tal vez por la pregunta que consideraba inadecuada.

—Hemos dicho que está fuera del perímetro que consideramos de seguridad. Mientras que no estemos seguros nadie pondrá los pies fuera. ¿Entendido?

Vi que Thomas deglutió, pero nadie parecía discutir el liderazgo que Byron se había otorgado.

Los primeros rayos de sol se filtraron por las ventanas que daban al este. Fuimos hacia ellas y mirarnos por los sucios cristales. La niebla no había vuelto.

Pudimos ver lo que nos rodeaba.

* * *

Cuando giré el interruptor general del salón apagando las luces pregunté:

—¿Cómo es que tenemos luz?

Thomas respondió:

—Existe un generador en el sótano que se pone en marcha automáticamente al cesar el suministro.

Byron acababa de regresar de una nueva inspección pollos

alrededores. Había escuchado a Thomas y dijo:

—Desde ahora nadie encenderá las luces. Sólo mantendremos en marcha el frigorífico. Thomas, ¿cuándo funcionará el generador?

—No lo sé. Tendríamos que ver el depósito de gasoil.

Byron me hizo una señal para que le acompañase al sótano. Bajamos por una escalera de madera, a la que le faltaban algunos peldaños. Encendimos las luces. En el fondo estaba el generador, runruneando sordamente.

Después de revisar el nivel, Byron dijo:

—No está mal, pero debemos ser precavidos. Quedan como ochocientos litros de gasoil —resopló, visiblemente aliviado—. Algo es algo.

Luego empezó a revisar las paredes revestidas de ladrillo del sótano. Descubrimos unas tuberías rotas. Eran de agua y parecían llevar el líquido a la casa desde un pozo cercano o tal vez desde el río.

Quizás exista un depósito en el desván —dije.

—Es posible. Nadie tocará el agua. Por el momento no nos lavaremos. La dedicaremos solo para beber y cocinar.

Sonreí ante las previsiones de mi amigo, pero ambos habíamos recibido una instrucción semejante y ante tales casos podíamos actuar de la misma forma, con idénticos pensamientos.

El suelo era de hormigón y parecía sólido. No vimos ni una grieta. Había resistido bien el terremoto o lo que fuese.

Byron se rascó la barbilla. Me miró.

—¿Piensas lo mismo que yo, Pete? —me preguntó.

Me encogí de hombros. No quise arriesgarme a defraudarle.

—Vamos arriba. Ah, por cierto. ¿Tú golpeaste a Callahan?

La pregunta me había cogido de sorpresa y me limité a replicar que sí moviendo la cabeza.

—Me imaginé que el guardaespaldas de Thomas os había sorprendido a ti y a June anoche haciéndoos carantoñas —gruñó—. Supongo que está bien que tus golpes le hayan impedido delatarte a su amo. Pete, debes comprender que ahora nos necesitamos los unos a

los otros. Por lo menos hasta que consigamos saber lo que ha sucedido.

Regresamos al salón. Acercándose a mí, Byron me susurró:

—Dile lo de los víveres y el agua. Explícales que debemos ahorrar combustible y comida. Subo un momento a mi cuarto y regreso pronto.

* * *

Byron volvió llevando un radio de transistores. Lo dejó sobre la mesa, ante todos nosotros. Lanzaba unos extraños zumbidos.

—Está encendido —sonrió con pesar—. En mi cuarto he estado unos minutos intentando captar alguna emisora.

—¿Qué explicación tiene a esto, señor White? —preguntó June.

—Por supuesto que ninguna. Todas las noches suelo dormirme escuchando alguna emisora. La de Memphis dijo anoche que existían problemas en China —apagó el molesto ruido de la radio—. No sé hasta qué punto esos problemas pueden servirnos para hallar una explicación a esta locura, pero...

—¿Qué clase de problemas? —pregunté.

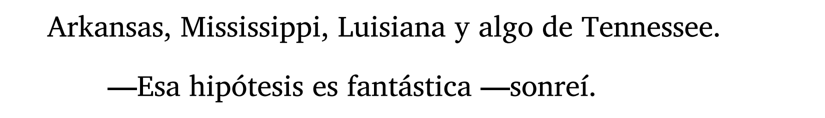
—Resulta irónico que horas antes estuvimos hablando de la Central del Dragón. El reportero informó que aunque el gobierno chino no admitía la veracidad de los rumores, tampoco negaba que se hubiesen producido filtraciones de radiaciones en la central. Filtraciones subterráneas.

—¿Quieres decir que el mundo ha explotado y sólo quedamos nosotros? —rio Thomas.

—No exactamente. ¿Hay por ahí algún mapa de los Estados Unidos?

Allen salió y regresó con uno de carreteras, que extendió sobre la mesa. Byron señaló el Estado de Tennessee y luego buscó el punto aproximado donde estábamos nosotros, a pocas millas de Droomville.

—Si tuviésemos una esfera terrestre veríamos que la central china está exactamente al otro lado del globo de aquí. La proyección de las radiaciones ha debido producirse en un cono que a medida que atravesó la Tierra fue adquiriendo mayor diámetro, hasta cubrir aproximadamente los estados de Texas, Oklahoma, Missouri,



Arkansas, Mississippi, Luisiana y algo de Tennessee.

—Esa hipótesis es fantástica —sonreí.

Entonces Byron me miró molesto.

—¿Es que tú no pensabas algo semejante?

—No, la verdad. No habría sido capaz de tener tu imaginación.

—¿Es que la crees imposible?

—Claro que no. Mientras no sepamos la verdad, todas las teorías son respetables. Pero imaginemos que ha sido debido a causa de la explosión de la central china. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Las radiaciones partieron de nuestros antípodas y nos alcanzaron. ¿Con qué efectos? Ojalá supiera la respuesta.

—¿Cuándo sucedió esa catástrofe?

—La noticia se basaba en rumores y algunas apreciaciones en los sismógrafos mundiales. Creo que leí ayer por la mañana que se temía que los chinos, rompiendo los tratados, estuviesen realizando explosiones nucleares en el Gobi. Luego se empezó a hablar que su orgullosa central nuclear había hecho ¡puff!

Entorné los ojos y moví las manos, intentando hacer memoria.

—Tú hablaste de que los cimientos de la central disponían de un sistema de seguridad para impedir las filtraciones subterráneas. ¿Me equivoco?

—No. Era una especie de parrilla gigantesca, de acero y hormigón armado. Existían unos agujeros de unos dos o tres metros de diámetro en toda la superficie.

—¿Para qué?

—¿Quién sabe con qué idea? Pero parece ser que era para controlar los escapes, como una válvula de seguridad. Pensaban que así podrían controlar los escapes. Pero no pensaron que la central explotase. Entonces las radiaciones que se dirigieron hacia nosotros eran pequeños focos, que al alcanzar la superficie después de atravesar la tierra no tendrían más de doscientos metros de diámetro.

Todos le miramos. Yo me levanté e hice con mi índice derecho un invisible círculo delante mío, dando expresividad a lo que dije a continuación.

—Ese es el perímetro aproximado de esta casa y de lo que ha quedado intacto a su alrededor, ¿no?

Solemnemente, Byron asintió.

Entonces empecé a comprender su teoría. Y no me pareció nada disparatada. La pregunta siguiente era: ¿qué consecuencias había tenido para nosotros la maldita explosión china?

* * *

Las siguientes horas fueron de febril actividad. En el salón reunimos todas las armas. Eran cuatro escopetas y dos rifles Winchester. Había bastante munición. Thomas tenía una pistola con dos cargadores y luego mostró un revólver del 38, que dijo pertenecía a Callahan. La comida era suficiente para alimentarnos durante casi un mes si nos forzábamos en llevar a la práctica un racionamiento.

Los depósitos de agua estaban llenos. Eran dos y cada uno contenía más de quinientos litros.

La desolación que nos rodeaban, aquel paisaje brutal, rocoso y monótonamente gris, sin una vegetación que rompiese la sequedad reinante, nos deprimía cada vez que estábamos en el exterior.

El sol estaba casi en el cénit y calcinaba el panorama abrumador.

Me acerqué a Byron, que estaba de espaldas a la casa, mirando hacia abajo.

—Tenemos que sacar el *Land Rover* —dijo al notar mi presencia.

Efectivamente, el todo terreno parecía estar en buenas condiciones. Debió de resbalar por la ladera hacia abajo después de suceder aquello. No le había ocurrido como al *Toyota*, que el misterioso fenómeno lo partió por la mitad.

—No creo que sea muy peligroso bajar.

Y antes que Byron me lo impidiese, salté. Mis botas pisaron el sucio suelo y sentí crujir la gravilla. Sentí un poco de miedo cuando noté que el suelo se hundía un poco bajo mi peso. Era como si triturase piedra pómez.

Me volví para indicar a Byron que todo estaba bien. Subí al Land Rover y con cierta aprensión pulsé el botón de arranque.

Al segundo intento el motor arrancó y aquel sonido llegó a mis

oídos como música celestial. Giré el volante y lo hice avanzar, dándole la vuelta. Arriba me esperaba, con el ceño fruncido, Byron.

El vehículo ascendió y lo situé junto al jeep.

—Ha sido una locura —me recriminó Byron apenas apagué el motor.

—¿Por qué? ¿Temías que surgieran monstruos de ese terreno gris?

—No. Pero carecemos de un contador geiger. Podría estar contaminado.

Le miré de soslayo.

—Eso no concuerda con tu teoría. Como víctimas del síndrome no sabemos de qué forma nos ha afectado el bombardeo de radiaciones, ¿no? Si nos atenemos a los hechos debemos pensar que precisamente recibir el impacto de uno de los conos proyectados por la rejilla nos ha salvado, mientras el resto del planeta ha debido ser arrasado.

Byron sonrió.

—No has entendido nada, Pete.

—¿De veras? —Vi que todos, excepto John y Thomas estaban cerca.

El astronauta aspiró hondo y luego dijo:

—Lo que sea nos ha proyectado si no a otro lugar, sí a alguna parte del tiempo, pasado o futuro.

CAPÍTULO V

John fue colocando en las cajas de cartón las latas de conserva, mientras yo lo iba anotando.

De vez en cuando miraba de reojo hacia el salón, donde Adriana atendía a John, quien de nuevo había perdido el conocimiento. Aquel tipo empezaba a preocuparme. No creía haberle pegado tan duro para que se encontrase tan mal.

No sabía dónde estaban Thomas y Allen Scott, pero los suponía fuera, sujetando en el jeep y el *Land Rover* las latas supletorias de combustible que habían estado llevando desde el sótano.

—Callahan le dirá a Thomas que nos pensábamos ir. Lo hará apenas recobre el conocimiento y pueda hablar —dijo June.

—No creo que eso tenga importancia ahora —respondí alzando la vista del bloc de notas—. Ahora tenemos asuntos más urgentes que resolver.

June movió la cabeza. Parecía cansada. ¿O era el miedo que empezaba a dominarla?

—Oh, Pete. ¿Qué nos pasará? ¿Qué es este horror que nos rodea?

—Lo sabremos pronto. No debemos perder la calma.

—Creo que deberíamos quedarnos aquí.

—Todos opinamos lo contrario. Debemos salir, ahora que sabemos que el terreno es firme.

—Pero si nos marchamos no nos encontrarán aquí cuando vengan a buscarnos.

La miré y luego eché un vistazo al exterior a través de la ventana de la cocina. Ella siguió la dirección de mi mirada.

—¿Quién vendría a buscarnos, June? Todo lo que alcanza nuestra vista es un desierto, muy distinto de los montes y bosques que nos rodeaban ayer. Resulta ridículo pensar que vinimos aquí pensando en cazar o pescar.

—Tengo miedo de salir de aquí, enfrentarme a esas tierras.

—Todo mejor que quedarnos aquí —hice saltar en mis manos una lata de carne de buey—. La comida se nos acabará algún día. Y sería estúpido no aprovechar el hecho de que tenemos dos buenos vehículos y abundante gasoil.

Ella me miró y trató de sonreír.

—Bien. Has dicho que no vendrá nadie, tal vez queriendo decir que será así por la sencilla razón de que no hay nadie. Entonces, ¿adónde vamos nosotros?

Me apoyé en una mesa y saqué un arrugado paquete de cigarrillos. Aún tenía un cartón en mi maleta, pero me dije que debía hacerlos durar. Entregué uno a June y los encendimos.

—Byron está arriba. No quiere que se le moleste. Es un tipo singular. Astronauta, casi médico y un fanático de las matemáticas. Se encerró con los planos que consiguió, un montón de papeles y un par de calculadoras de bolsillo. Pero dice que tiene que haber una respuesta científica a todo esto y que incluso es posible que consiga trazar una ruta lógica.

—¿Una ruta? ¿Para qué?

—Demonios, creo que debemos elegir un camino, ir a alguna parte.

* * *

Hicimos los preparativos con calma. Ya no había duda que Byron se había convertido en nuestro jefe y todos le obedecíamos. Creo que él lo hacía a propósito. Es decir, que no tenía prisa alguna en ponerse en marcha.

Quizá quería esperar en la casa tres o cuatro días antes de partir.

John recobró el conocimiento y creo que también el habla. Yo me dejé ver por él y se limitó a mirarme con desconcertante indiferencia.

Byron me dijo más tarde que había visto a Thomas hablar en voz baja con John. Entonces él recomendó al enfermo que no se esforzase y hablase lo menos posible. Sin embargo, Thomas no me mostró animosidad alguna y pensé que tal vez John no era un estúpido y a la vista de la situación no le había contado nada.

—Es lo más lógico —sonrió Byron—. No debe ser ningún retrasado mental y habrá comprendido que decirle a Thomas que tú pensabas largarte con su esposa es enturbiar las relaciones del grupo,

que forzosamente deben ser cordiales.

Asentí.

—¿Qué esperamos?

—Estos días nos están calmando los nervios y a mí me permiten ver las cosas más claras.

—¿De veras? —exclamé irónico—. No puedo creerlo. Es imposible ver nada claro ahora. Por cierto, ¿cómo marcha tu trabajo?

Byron sonrió ampliamente, se pasó el cigarrillo al otro lado y dijo:

—¿Te molestaría mucho si esta noche, después de la cena, lo expusiera?

—Sí, pero me aguantaré.

—Y tú debes decirme por qué no has incluido en la armería tu enorme pistola *Magnum*.

Abrí la boca sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenías abierta la maleta en tu dormitorio.

—No está bien que me registres.

—No era mi intención, pero entré a buscarte y tropecé con la maleta. Ese revólver cayó a mis pies. Pero no te preocupes, que lo dejé donde estaba. Pete, ten cuidado. Quiero tranquilidad. Al menos hasta que lleguemos a nuestro destino.

—Ajá. Entonces tienes un plan definido.

—Claro. Pero tendrás que aguantarte tu curiosidad hasta esta noche.

Me encogí de hombros resignadamente.

Por la noche Byron empezó a explicar la segunda parte de su teoría, la cual, al menos, contenía una mínima esperanza.

Mientras Byron hablaba yo, de vez en cuando, miraba a los demás, escrutando sus reacciones, preguntándome quién de ellos daba crédito a lo que estaba escuchando.

Tengo que confesar que yo tenía mis profundas dudas respecto a lo que decía Byron.

Fumando incansablemente y bebiendo tragos de whisky, Byron expuso su teoría con el plano de los Estados Unidos extendido delante nuestro, y en el cual había trazados diversos círculos con distintos colores de rotulador.

—Las matemáticas son mi debilidad y estas noches he emborronado cientos de folios tratando de buscar una explicación con cierta lógica a lo sucedido.

»Indudablemente, la central nuclear china explotó y las radiaciones atravesaron la Tierra. Pero al cruzar el Magma sufrieron una mutación y nos llegaron con unas alteraciones y consecuencias que no podemos adivinar, al menos sus causas. Respecto a los resultados son evidentes. Nuestro entorno ha variado. Estamos en la Tierra, pero en otro plano temporal. Esta casa y parte del terreno que la rodeaba, junto con nosotros, fue expulsada del presente y enviada al ¿futuro? Creo que sí. Esto no puede ser un remoto pasado. Me inclino por pensar que estamos en un tiempo en el que la Tierra ofrece este desolador aspecto que nos rodea.

Nos miró y viendo que ninguno de nosotros teníamos por el momento ninguna pregunta que hacerle, prosiguió:

—Si lo que alcanzamos a ver es un desierto, lógicamente toda la Tierra actualmente es así. No existe la raza humana y ninguna clase de vida. Es un planeta que muere o lo han hecho morir antes de tiempo.

Adriana hizo una mueca de desencanto.

—Vaya por Dios. Creí que iba a escribir el artículo que me daría el Pulitzer. Pero si no hay lectores...

—Eso me temo, Adriana —sonrió amargamente Byron—. Hemos tenido la desgracia de ser trasladados a un futuro en donde el planeta es un erial. Pero al menos, todavía, la atmósfera no se ha degenerado hasta el punto de ser irrespirable, lo cual no tardará mucho en producirse. Pero no creo que estemos solos.

Alzamos las miradas del mapa. Yo ya me había fijado que existía un círculo donde nosotros estábamos. Era de color rojo. Y aquellas marcas se reproducían en los estados circundantes. ¿Qué significaban? Esperé que Byron nos lo dijera.

—Las radiaciones mutadas —siguió diciendo White— alcanzaron

una serie de círculos que van desde los cien metros de diámetro a los cinco kilómetros. La zona donde está la casa es uno de los focos más pequeños. Pueden haber otros mayores. Por lo tanto, mi tesis es de que más gentes y por consiguiente más terreno de nuestro tiempo, han sido enviados a este plano temporal.

«Calculo que serán unos doscientos focos de nuestra época los proyectados al mismo tiempo que nosotros. Claro que eso no quiere decir que todos tengan gentes, pero cabe la posibilidad que en algunos, digamos cinco o seis, hubiesen personas en el momento de la proyección.

»¿Alguna pregunta?

—Muchas —sonreí—. Que más gentes hayan sido enviadas junto con nosotros no solucionará nada el problema. Por el contrario, creo que lo aumentará. Además, ¿cómo localizarlos? Nuestras reservas de combustible son escasas realmente. No podemos desperdiciarlas yendo de un sitio para otro en cinco o seis estados —concluí abarcando el gran circulo de color azul que en el mapa Byron había querido indicar que allí estaban las múltiples señales rojas.

—Tienes tazón, Pete —admitió Byron—. He calculado que disponemos de autonomía, viajando en los dos vehículos que gastan gasoil, de unas mil millas —señaló con su índice el estado de Texas—. Cerca de Hearne está la Base Pittman, de la NASA.

Fruncí el ceño. Nunca había oído hablar de esa base y se lo hice saber a Byron.

—Pero sí has escuchado referencias del Proyecto Capella, ¿no?

—Como todos, claro.

—Y como todo el mundo suponías que la nave *Mizar II* estaba dispuesta para la partida en Cabo Kennedy. No es así. El proyecto Capella era demasiado importante y se construyó una base secreta en Texas. Allí está la nave *Mizar II*.

Después de un corto silencio, en el que tuve que rendirme a la evidencia que mi ausencia en la NASA me había desplazado totalmente de las intenciones secretas de la Agencia, pregunté:

—¿Y bien? ¿Es que allí hay gente? ¿Has escuchado por radio sus llamadas?

—No. Pero uno de los focos ha llegado allí. Una gran parte de la base ha sido transportada al futuro con nosotros.

—¿Y supones que allí está ahora esa fabulosa nave que construyeron para conquistar las estrellas? —pregunté irónico.

—Existen grandes posibilidades. Y si no ha quedado nadie con vida no nos importa. Lo interesante es la nave, sus depósitos de combustible, sus grandes almacenes de alimentos, de utensilios, agua, etc. Y si está en condiciones es nuestra salvación, amigos. Yo soy astronauta y conozco al dedillo su mecanismo. Además, cuento con la colaboración de Pete Elwell. No tendría más que darle unas pequeñas lecciones para que se pusiera al corriente y entre los dos pudiéramos hacerla despegar. Sobraría sitio para todos y en unos dos años llegaríamos a Sirio.

Allen Scott lanzó una maldición y exclamó:

—¿Y eso nos salvaría? ¿Quién sabe lo que existe en Sirio?

Le miré furioso.

—¿Es que no lo entiendes? Si han pasado siglos o milenios desde que sucedió la catástrofe en China, es lógico pensar que los hombres han conquistado las estrellas, abandonando este planeta muerto. Seguro que en Sirio existe alguna colonia. No estaremos solos, por supuesto.

—Eso es una hipótesis aventurada —masculló Thomas Ga-nister —. No existe ninguna garantía.

Byron pareció empezar a perder la paciencia,

—Bien, si alguien tiene una idea mejor estoy dispuesto a escucharle, pero advierto que yo no estoy dispuesto a quedarme cruzado de brazos, viendo cómo se nos acaba la comida y la actual Tierra no nos ofrece caza alguna o posibilidad de cultivarla.

—Un momento —dijo Allen alzando una mano—. Durante estos días hemos permitido que Byron se convierta en nuestro jefe, dando órdenes y exponiendo proyectos que carecen de base sólida para creer en ellos. Es posible que tenga razón, pero tampoco podemos descartar la posibilidad que más allá del horizonte existan tierras fértiles, gentes incluso. ¿Para qué aferramos a la esperanza de cruzar medio Texas y esperar encontrar una nave estelar?

Thomas Ganister asintió y también Adriana parecía estar conforme con las palabras de Allen. Byron arrojó sobre el plano un rotulador, se encogió de hombros y dijo:

—De acuerdo, admito que puedo estar equivocado, pero si

debemos ponernos en marcha no sería ninguna locura que tomásemos la ruta suroeste. Pasaríamos por Texarkana y desde allí, si no queda ningún rastro de la ciudad fronteriza seguiríamos hasta Hearne. La base Pittman está cerca. Echaríamos un vistazo y luego podríamos dirigirnos hacía la costa… si es que aún existe, claro,

Thomas asintió.

—Me parece razonable el plan. Si hay más supervivientes deben haberse dirigido a la costa.

Sonreí. No pude encontrar una explicación que corroborara la seguridad de Ganister al pensar que los supervivientes debían estar junto al mar. Pero me alegraba que al menos existiese unanimidad al plan de Byron. Al menos hasta Hearne estaríamos todos de acuerdo.

A solar pregunté a Byron:

— ¿Seguro que estás de acuerdo en bajar hasta Nueva Orleans, si no encontramos tu base, suponiendo que ésta no ha sido trasladada?

Me quedé frío cuando él negó con la cabeza y replicó:

—El combustible se nos acabará unas cien millas más al sur de donde debería estar la base Pittman. Nunca llegaríamos en los vehículos a la costa.

* * *

Al día siguiente, de madrugada, nos dispusimos a emprender la marcha.

El jeep iría delante. En él iríamos Byron y yo. Allen y Adriana vendrían con nosotros. En el *Land Rover*, con mayor capacidad, y conducido por Thomas y June estaría el convaleciente John Callahan.

El combustible de reserva, así como todos los alimentos, agua y armas estaría repartidos en los dos vehículos. En el techo del *Land Rover* habíamos improvisado una baca en la cual colocamos todo lo que pensamos podría servirnos en el viaje.

Con los primeros rayos de sol nos pusimos en marcha. Con cuidado bajamos a las tierras grises por el lugar precisamente en que el *Land Rover* había caído. El suelo gemía bajo las ruedas, pero aguantaba el peso.

Yo conducía y a mi lado Byron, echando continuos vistazos a la brújula, me iba aconsejando el camino.

Nuestra dirección era hacia el Oeste. Un par de cientos de millas más adelante, una vez abandonado lo que podía ser el estado de Tennessee, iríamos bajando hacia el sur, en dirección a Texarkana.

Sobre mis rodillas llevaba la escopeta, cargada. Aunque no habíamos visto la mínima señal de vida no queríamos confiarnos. Si estábamos en el futuro no deseamos ser desagradablemente sorprendidos.

Dentro de mi chaqueta de ante llevaba la *Magnum*, cargada y con docenas de cartuchos repartidos en los bolsillos.

Encendí un cigarrillo. Ya había calculado que fumando a un ritmo de diez diarios tendría para casi doce días. Eso sería si conseguía no superar la decena, cuando yo solía fumarme un par de paquetes diarios.

Apuré el cigarrillo hasta la boquilla y arrojé la colilla a la tierra gris. En el lugar donde cayó surgió un surtidor de humo. Byron frenó y nos quedamos observando aquel extraño fenómeno. El *Land Rover* se detuvo también y Thomas nos gritó, preguntándonos qué pasaba.

Estábamos como a unas veinte millas de la casa y sin darnos cuenta la configuración del terreno había ido cambiando lentamente. Ahora era arenoso y las rocas se hallaban aisladas, alzándose hacia el cielo altas y agudas.

El viento frío estaba dejando paso a ráfagas de aire caliente.

Seguí mirando hacia el sitio donde había salido el humo. Ahora parecía calmado. Hicimos una señal a Thomas. Reanudamos la marcha.

Una hora más tarde comprendimos que aquel mundo no solo nos presagiaba un porvenir funesto, sino que también resultaba peligroso en su inquietante presente.

Avanzábamos por una especie de llano flanqueado por rocas de unos quince o veinte metros, y como las anteriores de agudos picachos. El viento se incrementaba y producía unos silbidos escalofriantes al atravesar las rocas, llenas de agujeros.

—Parece piedra pómez —dije observando el infernal paisaje mientras aferraba la escopeta.

Detrás de mí, Allen montó el rifle. Empecé a volverme y le vi mirar a su derecha. Dirigí mi mirada hacia allí. Entonces traté de llamar la atención de Byron, cuando el suelo alrededor nuestro

comenzó a elevarse en infinidad de puntos.

Y aquellas cosas empezaron a emerger.

CAPÍTULO VI

Recordando mis experiencias de supervivencia en el Valle de la Muerte debí haber llegado a la conclusión que nunca un paraje por desolador que parezca carece de formas de vida.

Y si estábamos en el futuro, a siglos o milenios de nuestro presente, la vida debió haber evolucionado, adoptando extrañas formas.

A pesar de aquella horrible y súbita aparición, Byron no frenó. Por el contrario, apretó el acelerador. Detrás de nosotros, Thomas debió comprender que debía hacer lo mismo y nos siguió, conservando la distancia aproximada de veinte metros de un vehículo a otro, como habíamos acordado.

Nuestro alrededor erizó primero de aquellas protuberancias que se alzaban del llano, rompiendo la fea uniformidad de la arena gris. Entonces surgieron los gusanos si aquello era lo que quedaba de las orgullosas razas terrestres.

Los seres eran enormes gusanos de áspera piel blanca, rugosa. Medio tronco lejanamente humano coronaba el inmundo cuerpo. Un par de brazos sin articulaciones y media docena de dedos largos y con aceradas uñas se agitaron, alzándose sobre una cabeza pelada, con diminutos ojos. Bocas desdentadas se abrieron y escuchamos los primeros sonidos en aquel tenebroso mundo al que nos había lanzado el misterioso fenómeno.

Los coches avanzaron zigzagueantes, esquivando los gusanos que por docenas, cientos, surgían de la arena.

Adriana gritó cuando su chaqueta fue rasgada por las uñas blindadas de un gusano. Allen le golpeó con la culata de su rifle y el monstruo lanzó al aire un aullido de dolor.

Como si al golpear a uno de ellos enfureciera a los demás, los gusanos se lanzaron contra nosotros.

El jeep empezó a dar saltos, cada vez que las ruedas pasaban por encima de algún cuerpo que se atrevía a ponerse delante de nosotros.

Escuché los primeros disparos. Desde el *Land Rover* disparaban contra los gusanos. Me volví para verles. Sentí áspera la garganta viendo cómo June disparaba la escopeta mientras Thomas aceleraba

cuanto podía intentando acortar la distancia con nosotros.

John Callahan también disparaba, desde la parte trasera del vehículo por una ventanilla. Tenía la otra carabina y lo maldije mentalmente. Apretaba el gatillo sin cesar, como si las municiones nunca fueran a terminársele.

Pero yo mismo tuve que efectuar algunos disparos cuando algunos grupos de gusanos se apelotonaban delante nuestro. Temía que el jeep alguna vez encontrase demasiada resistencia en aquellos cuerpos largos y duros y volcase.

Los aullidos de los gusanos se hicieron más fuertes, exasperados. Uno saltó de una roca y cayó sobre el capó del motor. Se alzó sobre su largo cuerpo y levantó las manos ante nosotros. Me fijé en sus afiladas uñas, de casi ocho centímetros de largo. Disparé y los percutores cayeron sobre cartuchos vacíos.

Tomé la escopeta por los cañones y golpeé al monstruo. Aquel maldito clavó sus uñas en la madera e intentó arrebatarme el arma. Furioso, con la otra mano amartillé la *Magnum* y le disparé en el horrible rostro.

La bala le destrozó la cara, salpicándonos de algo blancuzco y frío. Al final cayó al suelo.

Allen disparaba de vez en cuando y minutos más tarde parece ser que salimos del núcleo donde los gusanos tenían sus moradas subterráneas.

El terreno volvió a cambiar. Ahora era duro, como pizarra. Pero seguía manteniendo aquel color gris, aunque más oscuro. Byron aminoró la marcha, hasta que terminó frenando. El *Land Rover* se situó a nuestro lado, interesándonos por el estado físico de los demás.

Nuestra alegría por haber salido de las madrigueras de los gusanos se disipó cuando vimos lo que había sucedido en el *Land Rover*.

Bajamos y nos acercamos a la parte trasera. Al abrir la puerta ésta se agitó ante nosotros, presentándonos el horror del interior. June se tapaba la cara, tratando de evitar el llanto.

John Callahan estaba tendido entre los paquetes. Miraba hacia el techó del vehículo y su cabeza pendía en una posición inverosímil, casi totalmente separada del cuerpo.

—Un gusano se introdujo —explicó secamente Thomas—. John

luchó contra él, pero aquel bicho le dio un tajo en el cuello —resopló—. June le disparó y consiguió echarlo, pero, ya era tarde.

Sacamos a John e intentamos cavar una fosa, pero el terreno era demasiado duro. Nos resistimos a dejar su cuerpo allí. No queríamos que fuese pasto de los gusanos o de otra desconocida alimaña.

Sacrificamos unos litros de gasolina y le quemamos.

Reemprendimos el camino, alejándonos rápidamente de allí, sobre todo para evitar el pestilente olor.

El estado de nervios de June fue un problema. No quería permanecer en el *Land Rover*. Allen sugirió que él y Adriana viajarían en el vehículo grande, por lo que June pasó al nuestro.

Más tarde comprendería que ella quería estar lejos de su marido, pero entonces la creí. No sabía que fuera tan buena actriz. Intenté indagar en la expresión de Thomas si recelaba algo, pero éste quedóse inmutable y no logré saber si John había tenido tiempo de contarle lo que sabía.

—Creo que mientras rodemos por estas duras rocas no tenemos que preocuparnos de los gusanos. Seguro que sólo viven en esos terrenos blandos, de piedra pómez pulverizada.

Repasé la escopeta y la cargué.

—¿Qué eran esos monstruos?

Lógicamente, Byron se encogió de hombros. Nos estábamos haciendo muchas preguntas los unos a otros, creyendo siempre que los demás podrían tener una respuesta.

Volviéndome, pregunté a June:

—¿Cómo te encuentras? '

Ella me sonrió, diciendo que estaba mejor.

¡Cuánto deseaba estar a solas con ella, hacer el amor! Pero en seguida comprendí que mis sentimientos parecían ridículos en aquellos momentos. Nos enfrentábamos a una situación increíble y los vulgares pensamientos humanos resultaban inapropiados.

Debíamos haber penetrado unos doscientos kilómetros en el estado de Arkansas al mediodía. Avanzábamos demasiado despacio para nuestros deseos. A veces teníamos que rodear abruptos montes o

el terreno resultaba demasiado frágil. En estos casos brillaba bajo el sol y si lanzábamos unas piedras se rompía la costra.

En otras ocasiones temíamos la aparición de los gusanos con cuerpo humano al notar que la corteza de piedra pómez pulverizada se extendía delante nuestro.

Todavía quedaban dos horas de sol cuando opiné que debíamos acampar allí, en una pequeña meseta de dura roca. Podíamos vigilar el entorno, que quedaba más bajo que nosotros.

—No sabemos si más adelante encontraremos otro sitio como éste para pasar la noche, Byron. Y la verdad que no me gustaría estar viajando sin luz solar. No me fío de los faros porque no disponemos de repuestos para ellos.

Aquel tipo que nos alquiló el jeep no había incluido una caja con lámparas y el *Land Rover* tampoco disponía porque se rompieron al caer fuera del recinto procedente de nuestro tiempo.

Byron comprendió que mi sugerencia estaba llena de sensatez.

—Montaremos guardia —dijo mirando con aprensión unos montículos romos que se alzaban a unos doscientos metros delante de nosotros.

Mientras las mujeres preparaban un poco de comida caliente en una cocina portátil de gas, bajo la linterna de Byron examinamos el mapa.

—Mañana alcanzaremos Pine Bluff —dijo Byron—. Teóricamente está a unas cien millas de aquí. Poco antes debemos encontrarnos con otro trozo de nuestro mundo. Calculo que no tendrá más de un kilómetro de diámetro. No cree que hallemos a nadie con vida porque debe tratarse de una zona agrícola y sería un milagro que también hubiese proyectado gentes.

Byron, al igual que yo, lo mismo hablaba de millas o kilómetros al referirse a distancias. Los astronautas debíamos estar familiarizados con ambos sistemas, pero para los demás tal vez aquello resultase un fastidio.

—Yo haré la primera guardia —dijo Thomas tomando un rifle después de beber su taza de café bien cargado. Me miró—. ¿Puedes relevarme dentro de dos horas, Pete?

Asentí y él se marchó envolviéndose en una manta.

Apenas se ocultó el sol apareció la niebla, como solía ocurrir todas las noches. Dormimos cerca de los coches, metidos en nuestros sacos respectivos. Las dos mujeres estaban juntas. Las escuché hablar entre ellas en voz baja. Al cabo de un rato se callaron.

Pese a que debía entrar de guardia pronto no conseguí dormir nada. Miraba la hora a cada momento. No quería relevar tarde a Thomas. Acudí a su puesto casi media hora antes y él se levantó al escucharme llegar.

—No se ve más allá de tres yardas delante de la nariz —masculló, moviéndose para quitarse el frío—. Ten los ojos abiertos.

Me entregó la linterna y entonces agucé el oído.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Llevo escuchándolo todo el rato.

Era como un rumor sordo. Parecía igual que si alguien estuviese arrastrando una manta mojada sobre las pulidas rocas que habíamos avistado al detenernos.

—Suena cada vez más cerca —dije tensándome.

—Eso me pareció a mí al principio y estuve a punto de despertaros —sonrió Thomas—. Pero luego el ruido se aleja, para volver a acercarse.

Se despidió de mí y me senté en la misma piedra que él había estado usando como asiento. Coloqué la escopeta sobre mis rodillas y encendí un cigarrillo.

Aquel maldito ruido me estaba volviendo loco. A veces parecía que se producía a pocos metros de mí. Pero luego se alejaba. Sin embargo al cabo de una hora pensaba que me rodeaba.

Encendí la linterna y avancé unos pasos. Mis botas pisaron algo que crujió. Me agaché y mis cabellos se erizaron.

Había aplastado una araña grande, de casi diez centímetros. Eran nauseabundamente blanca y tenía una cola como el escorpión. Moví el haz de luz, taladrando unos metros la niebla espesa. Estaba a punto de apagar la linterna cuando de súbito la niebla se esfumó.

Grité. Y no era para menos. Miles de arañas casi me rodeaban. Se movían pesadamente y al hacerlo producían aquel ruido que me había preocupado.

Regresé al campamento, pisando docenas de ellas. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al pensar que alguna podía subirse por mis botas.

Cuando llegué todos estaban despiertos y disponían las armas, pero cuando les conté lo que pasaba a ellos, al igual que yo, debimos pensar que las armas de fuego poco podrían hacer contra aquella avalancha de arácnidos.

Formamos un círculo alrededor de los dos vehículos. Las mujeres montaron en ellos y desde allí movían las lámparas alrededor nuestro. El ruido sordo era cada vez más intenso. Llegaba de todas partes y ya no había la menor duda que estábamos rodeados.

Byron tomó varias latas de gasolina y las repartió.

Cuando de nuevo se disipó la niebla nos quedamos aterrorizados. Delante de nosotros había un mar de arañas, que se agitaba y avanzaba hacia nosotros.

Les echamos varios litros de gasolina y aquella masa de arácnidos apenas se detuvo unos instantes. Pese al olor de la gasolina y estar impregnadas en ella, continuaron su acercamiento, incluso más rápidamente. Como si el baño las hubiese enfurecido.

Tomé un trozo de algodón y después de empaparlo en gasolina le prendí luego. Lo arrojé al terreno empapado de bencina.

Una cortina de fuego se alzó delante nuestro. Las arañas crepitaron en la hoguera. Echamos más gasolina y contuvimos su avance.

Luego tuvimos que acudir a otros lados y seguimos arrojando gasolina.

Algunas arañas lograban infiltrarse y tuvimos que acabar con ellas a pisotones y con la ayuda de las palas.

Estuvimos así toda la noche, hasta que salió el sol y con él desapareció la niebla y las arañas, como si les molestase la luz. Estábamos extenuados y sucios por el humo.

Seguramente todos nos estábamos preguntando qué más sorpresas desagradables nos depararía aquel horrible mundo al que habíamos sido enviados.

Nos apresuramos a disponerlo todo para reemprender la marcha, cosa que hicimos apenas nos desayunamos. El café nos entonó y unos tragos de whisky terminaron de ahuyentar el cansancio de nuestros

cuerpos después de una tensa noche.

Cuando pasado cerca de los montículos pelados vimos allí millones de arañas que corrían a meterse en miles de agujeros.

—Es su madriguera —dijo Byron—. Seguramente acudieron a nuestro campamento atraídas por el calor de nuestros cuerpos.

—Recuérdame entonces que no nos detengamos cerca de esas colmenas de piedra —mascullé—. Por supuesto, tampoco donde el terreno sea propicio para que los gusanos repten por él.

Viajamos aprisa debido a lo llano del terreno. Volvimos a ver más colonias de arañas, pero no parecían peligrosas de día. Se ocultaban de la luz y de vez en cuando aparecía alguna por los negros agujeros.

Una hora más tarde el suelo se había vuelto tan terroso que el color gris se transformaba en negro. Nos llevamos la sorpresa de ver algunos arbustos, raquíticos y con míseras hojas violetas. Escarmentados, no nos detuvimos.

Pero poco después sí lo hicimos cuando descubrimos unas ruinas. Formaban una elevación delante de nosotros que se extendía por todo el horizonte. Era como una acumulación de medias esferas, colocadas unas encima de otras. La mayoría estaban en lamentable estado y los escombros se desparramaban por todas partes.

—Sería interesante echar un vistazo —comentó Byron cuando el *Land Rover* se puso a nuestro lado.

—Ni hablar —se opuso Thomas y yo estuve de acuerdo con él mentalmente—. Tenemos un destino y quiero llegar a él cuanto antes. ¿Dónde estamos?

Después de consultar el mapa, Byron dijo:

—Más o menos donde una vez estuvo Pine Bluff. Tal vez estas ruinas sean esa ciudad. Después de muchos años, claro.

—No creo que haya sido construida por seres humanos —opiné.

—Tal vez fueron los descendientes de humanos, que a su vez degeneraron en los gusanos —dijo Byron, apretando los dientes y poniendo en marcha el motor.

Rodeamos las ruinas y cuando nos alejábamos de ella vimos algo que hizo que nos alegrásemos de no habernos quedado allí ni un minuto más para investigar.

Un larguísimo gusano oscuro serpenteó entre las derruidas esferas. Se alzó varios metros en el aire agitando su aplastada cabeza. Luego se deslizó un trecho y terminó desapareciendo por una hendidura.

No hicimos comentario alguno. Creo que cada kilómetro que avanzábamos, nuestro nerviosismo iba en aumento, Aquel mundo nos aterrorizaba por instantes. Era hostil a nuestra presencia.

Unas millas más al Oeste tuvimos una pequeña alegría.

Vimos pastos, árboles de nuestro tiempo.

—Es otra isla proyectada de nuestro siglo —dijo Byron. Y sus ojos brillaron de alegría—. No me he equivocado al suponer que estaría aquí.

Asentí, también muy contento. Si Byron no se había equivocado en sus cálculos teníamos una ligera esperanza. La base Pittman, o parte de ella, debía estar esperándonos en Texas.

Hicimos correr los vehículos y nos adentramos en aquel trozo de nuestro tiempo. Volver a ver vegetación verde nos hizo reír.

Bajamos de los coches y nos sentimos felices pisando el pasto, tocando los árboles. Descubrí unos manzanos. La fruta estaba madura y empecé a coger algunas.

Pero las arrojé lejos, en la zona gris. June me miró asombrada.

—No sabemos si están contaminadas —dije con repentino malhumor.

Allí había un cauce seco. Tal vez pasó un pequeño riachuelo que en pocos días se había secado.

Recorrimos toda el área, que tendría unos tres kilómetros cuadrados. No quedaba un resto de vida de nuestro tiempo. Y cuando me acerqué al borde, donde comenzaba el sucio terreno gris, vi desolado como la hierba moría lentamente. Pronto todo aquel oasis no sería más que un erial. Seguramente los árboles terminarían muriendo.

—Vamos —dijo Byron, viendo como nuestra súbita alegría había desaparecido—. Texarkana está cerca y en seguida estaremos en lo que debiera ser el más grande estado de la Unión.

—Sin contar Alaska, ¿no? —reí, sabiendo que Byron era de los que pensaban que Texas no podía perder nunca aquel liderazgo en

cuanto a extensión.

¿Pero importaba ahora aquello? No quise discutir con Byron viendo que él no estaba entonces para bromas.

Seguimos el viaje.

El lugar donde debía estar Texarkana era un profundo cráter, de más de diez kilómetros de diámetro. Desde arriba pudimos ver el fondo, y con la ayuda de los prismáticos observar la negra laguna negra que brillaba bajos los débiles rayos del Sol que moría.

Descendimos al Sur y luego volvimos a subir un poco, para proseguir hacia el Oeste, eludiendo un extenso desierto de pulverizada piedra pómez.

Desde lejos vimos muchas colonias de gusanos. Incluso en una ocasión creímos presenciar una cruenta batalla entre dos comunidades.

Pese a los cambios en el tiempo, la Tierra seguía siendo un planeta con conflictos, pensé.

A partir de ahí nuestra dirección fue siempre Suroeste.

Tal como había previsto Byron, encontramos dos zonas más procedentes de nuestro tiempo. Una era una serie de rocas y la otra un montón de cactus y terreno calizo. Pero eran notas de diferente color en aquel monótono paisaje gris.

Más confiado en su teoría, Byron profetizó:

—Mañana tendremos en nuestro camino una gran zona propia. Tal vez allí tengamos alguna sorpresa.

Dijo que debía estar unas veinte millas más allá de la ciudad de Palestina. Sería una última parada antes de alcanzar el área donde debíamos hallar Base Pittman.

Terminaba el día y empezamos a alarmarnos cuando no hallamos ningún terreno apropiado donde pasar la noche.

Se cernía sobre nosotros la oscuridad cuando llegamos ante unas elevaciones secas y duras. No había ninguna colonia de arañas cerca y desde hacía un buen rato no veíamos gusanos.

Dejamos los coches en el llano y subimos a las rocas. Después de explorarlas con detenimiento y no hallando nada que pudiera

parecemos peligroso, dispusimos la comida.

Afortunadamente, aquella noche fue tranquila. Los turnos de guardia se sucedieron sin que ninguno tuviera que dar la alarma.

A la mañana siguiente, con café y tostadas en el estómago, reanudamos la marcha con los primeros albores.

Byron dijo que habíamos pasado Palestina cuando nos detuvimos a unos metros de algo que nos hizo vibrar y sentir deseos de llorar.

Era una gran zona de nuestro mundo trasplantada a aquél.

Vimos casas.

Y de una de ellas salía humo.

CAPÍTULO VII

—¡Eh, salgan de ahí! —grité.

Nos habíamos detenido de la casa de la cual partía un hilo de humo de su chimenea.

Miré nervioso el conjunto residencial. Aquello era un colegio, no cabía duda. El jardín que rodeaba las casas estaba cuidado y por un momento creí que olía a estofado.

Me impacienté y caminé unos pasos por la vereda en dirección a la casa. Las persianas estaban echadas.

Llevaba en bandolera la escopeta, pero desde hacía un rato sabía que en aquel lugar no iba a hacernos falta. Había demasiada paz, tranquilidad. El área era extensa y por un momento olvidé la realidad, que aquello no era más que un trozo limitado de nuestro mundo.

Me volví un poco. Los coches estaban fuera de la verja de hierro. Los demás me miraban expectantes, a la espera de acontecimientos.

De pronto la puerta principal empezó a abrirse. Empecé a aligerar el paso y a sonreír.

Me cogió por sorpresa, pese a la lentitud con que hizo su aparición aquella muchachita delgada, espigada, que empuñaba con una escopeta de caza, enorme para sus manitas.

—Quédese ahí —dijo con evidente temblor en la voz—. Si se acerca le disparo.

Inmediatamente pensé que ella no sería capaz de dispararme a sangre fría, pero si se ponía nerviosa su dedo podíase curvarse sobre el gatillo y producir un doble disparo. Yo estaba demasiado cerca para pensar en la posibilidad de que las dos perdigonadas fallasen.

—Hola, muchacha —sonreí—. ¿Por qué me apuntas? No quiero hacerte daño. Venimos de Droomville. ¿Sabes dónde está?

Ella aspiró aire y alzó la escopeta. Seguía temblando y yo persistía en mi temor de que se le escapasen los disparos.

—Claro, pero Tennessee no existe —replicó con voz hueca—. No existe nada. ¿Por qué han vuelto? ¡Déjenos tranquilos! Ya nos han robado todo lo que podían.

Aquellas palabras me desconcertaron. La chica parecía tener unos conocimientos profundos de lo que nos estaba sucediendo. Y nos confundía con otros, que al parecer les habían hecho daño.

Entonces las persianas se movieron y varias cabecitas atisbaron desde el otro lado de los cristales. Eran niños y niñas. Todos tenían una profunda expresión de miedo y mezcla de curiosidad.

—¿Cuántos sois? —pregunté.

—¿Qué te importa? ¡Váyase y déjenos en paz!

Mirando por encima de sus pequeños hombros, observando a los pequeños, seguí caminando. De soslayo vi su expresión de angustia agitando la escopeta.

Ya no podía retroceder. Confiaba en llegar a su lado y de un manotazo arrebatarle la escopeta de entre las débiles manos.

Pero ella reaccionó de forma inesperada cuando estaba a punto de darle el golpe. Dejó caer el arma y retrocedió de espalda, hasta tropezar con el marco de la puerta.

Sin dejarla de mirar me agaché y tomé la escopeta. La abrí.

Estaba descargada.

La chica empezó a sollozar y yo terminé de acercarme a ella y empecé a acariciarle su trigueño pelo.

—Cálmate. No somos quienes piensas. Venimos del Este. ¿No hay personas mayores con vosotros?

La chica se agarró a mí y negó con la cabeza. Entonces empezaron a salir los chicos. Los fui contando. Eran veinte. Once chicas y nueve chicos.

* * *

Estaban asando un conejo cuando llegamos. Obviamente, aquella comida era insuficiente para todos. La chica, que apenas tenía dieciséis años y era la mayor, dijo llamarse Carol. Nos dijo que no tenían más alimentos, que el conejo lo habían tenido escondido y era la mascota de Larry, quien aquella mañana lloró mucho mientras lo sacrificaban.

—Se lo llevaron todo —dijo Carol, viendo con avidez como Allen ponía sobre la mesa la comida que había ido a buscar al *Land Rover*.

—¿Quiénes fueron?

—Hombres. Llegaron procedentes del Oeste. Eso fue hace tres días —Carol se ruborizó, bajando la mirada y también la voz—: Uno de ellos quería llevarme. Decía que yo era una mujer y podía...

June le acarició la mano, calmándola.

—Déjalo. Sigue.

—Un hombre mayor despotricó y dijo que no quería jaleos ahora con mujeres. Se marcharon después de requisar toda la comida que encontraron. Cargaron un camión hasta arriba, porque las despensas y los frigoríficos estaban llenos.

—¿Cuántos eran?

—No estoy segura, pero creo que cuatro o cinco —dijo Carol mientras engullía con voracidad un emparedado que le había preparado June.

Los demás niños bebían agua y comían entre risas en el otro extremo del comedor. Tenían una edad media de once años. Aquel lugar era un parador de un colegio de Pine Bluff. Había monitores, pero salieron el día antes del cataclismo, como llamaba Carol a lo sucedido.

Carol tenía una noción bastante aproximada de lo que pasaba. El hecho de estar rodeados de tierras desérticas y hostiles les asustaba, pero siempre habían confiado en que alguien acudiría en su ayuda, pese a que el teléfono no funcionaba ni tampoco recibían nada por la radio o la televisión.

Lógicamente los monitores se quedaron en nuestro tiempo al alejarse del área afectada. Me pregunté que estarían pensando aquellas personas cuando vieron que el conjunto residencial habíase esfumado, tal vez en su lugar apareció aquella tierra gris y muerta.

Salí del comedor y Byron llegó a mi encuentro. Había recorrido las casas. Se lo expliqué todo y frunció el ceño.

—Esa chica ha mantenido la moral en el grupo. Tal vez porque no cree que toda la Tierra actual sea el mismo horror que pueden contemplar rodeándoles —añadí.

Byron asintió.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó disgustado.

—No sé lo que podemos hacer, pero sí sabemos que no podemos dejarles abandonados.

—Por supuesto. He hablado con Thomas. Está muy preocupado. No tenemos comida para tantos ni tampoco modo de llevárnoslos.

—Hay un autobús en el garaje —dije.

—Perdimos combustible rechazando las arañas. Carol dice que esas gentes son hostiles y procedían del Oeste. Seguramente no teman comida e hicieron una excursión buscándola. Cuando la encontraron debieron regresar. Me preocupa esto, Pete.

—¿Por qué?

—Me temo que venían precisamente de nuestro próximo destino: Base Pittman.

—No tenemos otro camino de dirigirnos allí.

—Sí, claro. Pero no podemos arriesgar las vidas de esas criaturas...

—Ni tampoco dejarles aquí. Nuestra llegada ha supuesto para ellos un rayo de esperanza —sonreí—. Debían tener mucha hambre para matar la mascota de uno de sus amigos, ¿no?

—Oh, no dramatices. Tenemos que ser prácticos. Y al referirme a eso no insinúo que les dejemos aquí. Si ese autobús está en condiciones podemos usarlo. Dejaremos uno de los vehículos aquí.

—O remolcarlo con el autobús —dije, molesto ante la idea de abandonar un preciado coche.

—La comida, Pete. Ese será nuestro problema inmediato. Con esas bocas incorporadas no tendremos alimentos nada más que para una semana escasa. Si en los próximos doscientos kilómetros no descubrimos algo que alivie nuestra situación, lo vamos a pasar muy mal —me miró fijamente—. Ahora nos comportamos como seres civilizados. Pero ¿seguiremos siéndolo cuando el hambre nos corroa las entrañas? Por el momento Thomas está pensando cosas peregrinas. Y más tarde puede ser uno de nosotros lo que proponga algo que ahora nos horrorizaría.

Se alejó de mí y tuve que darle la razón, lo cual me dejó con mal sabor de boca.

Vi salir del comedor a Carol, masticando goma. Percibí el olor a

fresa.

—La señorita June ha repartido lo que le quedaba —rio al hacerle ver que no sabía que quedara chicle.

No quise corregirle, adviniéndola que June estaba casada.

—¿Qué haremos ahora, Pete? —me preguntó Carol en medio de una amplia sonrisa.

Le pasé la mano por los hombros y caminamos un rato en silencio. Sin darnos cuenta llegamos al borde y la brutal realidad se ofreció a nuestros ojos. Traté de disimular mi desencanto. Señalé hacia el Oeste y dije:

—Hacia allí.

Ella me miró un poco asustada.

—Los que nos robaron la comida se marcharon por allí —dijo.

—Lo sé. Les daremos su merecido.

* * *

Thomas había dicho:

—Es una locura. Esos hombres están armados.

—Tenemos razones para pensar que están en Base Pittman. La dominan —dijo Byron—. No hay otra alternativa.

—¡Sí que la hay! —gritó Thomas—. Vayamos a la costa. A Galveston.

Entonces Byron le reveló la verdad.

—No hay combustible. Tenemos lo justo para alcanzar el punto teórico donde debiera estar Hearne. Es decir, Base Pittman.

—Nos has engañado, Byron.

—No. Nadie me preguntó cuál era nuestro radio de acción. Ahora ya lo sabéis.

—Si es preciso lucharemos —dije—. Tanto Byron como yo creemos que no son muchos y podemos convencerlos. Si la astronave está intacta podemos escapar todos de aquí, incluso ellos. No habrá necesidad de luchar.

—¿Por qué no han escapado ellos? —preguntó Thomas.

Su pregunta me pareció estúpida, pero Byron se lo explicó con calma.

—No deben ser astronautas. Tal vez operarios, no sé. Pete y yo la conocemos. Es grande, capaz de albergar más de doscientas personas. Además...

Ante su silencio, Allen le apremió a que terminase.

—Dentro había comida. Gran cantidad de comida, semillas, utensilios, aperos de labranza —dijo Byron cautamente. Yo sabía que sus palabras en lugar de entusiasmar a Thomas y a Allen, podían hacerles desconfiar aún más.

—¡Entonces allí no está la astronave! —exclamó Thomas—. Esos hombres buscaban comida. ¿Por qué? ¡Porque no vienen de donde tú supones que está la nave *Mizar II*! Es lógico.

La razón era aplastante y noté la mirada adusta de Allen, que se ponía del lado de Thomas. Pero Byron aún aguardaba una jugada.

—Esa nave no está al alcance de cualquiera. Para llegar a su interior se ha de conocer una combinación que yo sé.

—Está bien. Esos tipos venían de Base Pittman, la nave está allí y no pudieron acceder a su interior. ¿Pero y si dentro no hay comida?

—Vi como la embarcaban días antes de marcharme, Thomas.

Con su intervención, Allen dio término a la disputa:

—Iré con Pete y Byron, Thomas. Si tú quieres te quedas aquí. Podríamos dejarte el *Land Rover* o el jeep. Si no volvemos puedes hacer lo que quieras. Ir a Pittman o a la costa —añadió mascullando —: O al infierno.

No supimos cuál sería la actitud de Thomas hasta poco antes de partir. Yo estaba tenso, esperando su decisión. Si Thomas decía quedarse en el refugio no iba a tolerar que June se quedase con él.

Al día siguiente, muy temprano, los chicos habían subido al autobús. Estaban alegres, como si fueran de excursión o aquél iba a ser el viaje que les devolvería a sus hogares. No quisimos decirles la verdad. Sólo Carol la conocía a medias.

Yo esperaba jumo al jeep, viendo como Allen echaba gasoil al

depósito. Aunque Thomas viniese con nosotros habíamos decidido no llevarnos el *Land Rover*, pero aún no había sacado de éste el combustible.

Cuando apareció Thomas y June un poco detrás de él me envaré. Mi mano se introdujo dentro del chaquetón y rocé la culata de la Magnum.

Mi mente era un torbellino. Por un lado deseaba que Thomas dijese que no iba y por lo tanto, June se quedaba con él. Entonces no dudaría en reventarle la cabeza de un tiro. Pero cuando afirmó que pensaba acompañarnos sentí cierta desilusión.

—Conduce el autobús. June —dije y miré desafiante a Thomas, Mi tono autoritario le hizo morderse los labios—. Adriana irá contigo. Marchad a pocos metros de nosotros, pero cuando nos acerquemos a Pittman debes rezagarte.

Le entregué la escopeta de Carol y cartuchos. Aquella nueva arma nos venía bien. Carol había sido lista al ocultarla cuando llegaron los ladrones.

Partimos. Desde el jeep escuché las risas de los niños. June sabía que cuando nos acercásemos a Pittman debían guardar silencio. Habíamos hecho conjeturas sobre quiénes podían ser aquellos individuos. Por la descripción de Carol debía tratarse de obreros de la base o campesinos. Si eran los primeros debían vivir allí. Hubiera preferido que fuesen los segundos y tuviesen sus habitáculos en una isla que no fuera Pittman.

Pero todos presentíamos que cuando llegásemos a la secreta base de la NASA nos saldrían al encuentro.

—Vosotros dos —nos dijo Thomas con hiriente sarcasmo—, gracias a vuestro plan, os habéis convertido en los más valiosos del grupo, ¿no?

Obviamente se refería a Byron y a mí. Yo conducía y me revolví un poco para echarle una mirada iracunda. Thomas no se había afeitado desde que salimos de la casa y ofrecía, un aspecto lamentable. En varias ocasiones le había sorprendido bebiendo a escondidas de una botella que él siempre guardaba en su mochila. Si era algún licor, desde luego no lo compartía con nadie. Debía ser whisky, pues su aliento olía a él. Se ponía nervioso por cualquier motivo y yo me alegraba de que June no durmiese con él. Al menos desde que estábamos juntos. Creo que no lo habría soportado.

—¿Por qué dices eso, Thomas? —le preguntó Byron haciéndome un gesto para que yo mantuviese la calma.

—Sencillamente porque si el único fin de esta travesía es conseguir la astronave y partir a las estrellas, precisamos del vuestros servicios para conseguirlo. Por lo tanto, si hay que luchar para apoderarnos de la nave Allen y yo tenemos que cuidar que no os pase nada.

Escapó una risita al terminar de hablar. Se retrepó en el asiento posterior del jeep y al cabo de un instante de silenció, añadió:

—Sigo opinando que debíamos ir a la costa.

—¿Para qué? —exclamé—. Fuera de los estados que están dentro del círculo todo el mundo está desierto. ¿Qué podríamos encontrar en la costa?

—No estoy tan seguro. Esto es el continente americano no hay duda, pero es posible que África o América del Sur no presenten este feo aspecto. Podríamos conseguir un barco o construirlo. Opino que nuestra salvación está al otro lado del mar.

Byron se encogió de hombros y yo apreté los fríos cañones de mi escopeta. Nos pareció la opinión de Thomas tan disparatada que no encontramos la forma de refutársela. ¿Para qué iniciar una discusión que podía derivar en una pelea? Entonces Byron, quizás para salvar la situación, dijo algo que más tarde nos traería malas consecuencias:

—La nave *Mizar II* está acondicionada de forma que no es preciso la colaboración de la torre de lanzamiento para emprender el viaje. Además, existen unos datos codificados en una cinta que automática conducirá la nave a su destino. Dentro hay una falúa de desembarco que cualquier puede manejarla. *Mizar II* se establecerá en órbita alrededor de Sirio V automáticamente dentro de dos años. Todo el proceso de aceleración y deceleración será llevado a cabo por el piloto automático.

»Por supuesto que es importante que tanto Pete como yo estemos a bordo, pues puede existir alguna avería, pero ésta no será fácil que suceda. El porcentaje es del 0.18%. Como ves, Thomas, no es nuestra intención otorgarnos privilegios. Cualquier individuo con dos dedos de frente puede ser capaz de emprender el viaje.

No vi la expresión de Thomas, pero luego Allen me diría que le había visto sonreír de una manera que no le gustó. Desde entonces, Allen dejó de prestar su apoyo a Thomas y estuvo firmemente de


nuestro lado.

CAPÍTULO VIII

Avanzamos muy despacio. Algunas veces a menos de treinta kilómetros por hora. Pero no nos encontramos con colonias de gusanos y tampoco de arañas. En cambio, vimos fosilizados árboles de casi veinte metros de alto con unos pajarracos que lanzaban agudos silbidos. No remontaron el vuelo, aunque ante nuestra presencia extendieron sus traslucidas alas de murciélago. Carecían de pico y en su lugar tenían una especie de trompetilla vibrante. Inmediatamente dejamos de clasificarlos como aves.

El terreno seguía siendo infernal y la monotonía gris dejó paso a unas montañas de granito que infundieron en el paisaje un agradable tono rosado y verde. En algunas partes permitían que los dos vehículos corriesen sobre ellas a mayor velocidad. Pero en dos ocasiones tuvimos que volver sobre nuestras huellas y buscar un camino más accesible.

Cuando tomamos un sendero llano y empezamos a respirar más tranquilos, pensando que las dificultades hasta Hearne habían terminado, fue Allen quien nos avisó de lo que teníamos enfrente.

Nos paramos y yo me alcé sobre mi propio asiento.

A la izquierda teníamos un precipicio que se hundía a más de doscientos metros formando una empinada ladera. Y en el fondo había agua estancada. Formaba miles de pequeños lagos que se perdían hacia el Este.

—Esto no puede ser la costa —dijo Byron, desconcertado—. Debe quedar a más de doscientos kilómetros.

—Pues lo es. Al menos la costa de este tiempo —dije—. Algún cataclismo ha hecho que parte del estado de Texas se haya hundido. El Océano ha desaparecido en parte. Al otro lado debe estar Europa o lo que quede de ella.

Me volví sonriente hacia Thomas. No pude reprimirme y decirle:

—Ganister, ahí tienes tu ansiada costa. Galveston debe quedar más allá del horizonte. Esto resuelve tu preocupación por construir o encontrar un barco. Lógicamente lo primero sería una quimera sin madera. Y lo otro… Bueno, dudo que exista en todo este planeta un muelle donde los encontremos atracados.

Me devolvió una mirada furiosa y yo pensé que había ido demasiado lejos con mi broma.

De todas formas, aquel descubrimiento nos había deprimido. Hasta ahora nada nos hacía pensar que la Tierra hubiera sufrido grandes modificaciones porque no teníamos la más ligera noción de cuánto tiempo había pasado. No sabíamos los siglos o milenios transcurridos en nuestro salto en el tiempo.

Pero la aproximación de la costa nos hacía temer que tal vez la proyección de Base Pittman en el futuro no hubiese encontrado el adecuado asentamiento para la nave donde cifrábamos nuestras esperanzas siguiesen intactas. Por lo menos nosotros habíamos tenido esa suerte con la casa que el siglo XX había alquilado Thomas Ganister. Y también la residencia escolar donde encontramos a Carol y los niños.

Al atardecer ascendimos una ladera suave y nos deslizamos por una llanura increíblemente lisa. El terreno era sólido y no vimos indicios de piedra pómez pulverizada cerca. La presencia de los gusanos era algo que nos intranquilizaba. Sabíamos que eran hostiles a nosotros y yo deseaba que sus sucias bocas estuviesen bien lejos de los vehículos.

Descubrimos en el horizonte de aquella meseta unas elevaciones que nos hicieron acelerar para llegar pronto a ellas. Eran unas extrañas configuraciones, al parecer, de rocas, pero teníamos la sospecha que no eran naturales.

Lo que fuera quedaba muy a la derecha de nuestra ruta, pero nos desviamos unos kilómetros para ver de qué se trataba.

No hizo falta aproximarnos más para comprender que aquello era obra de seres humanos, nada de los últimos vestigios de una raza que muchos siglos antes empezó a degenerar, tal como la ciudad de medias esferas donde habitaban gigantescos gusanos en las ruinas.

Lo que teníamos delante eran sólidas torres de metal. Mejor dicho, lo que quedaban de ellas. Mucho tiempo atrás debieron ser más grandes y ahora sólo veíamos su esqueleto de acero. Eran más de cincuenta y estaban distanciadas las unas de las otras por más de quinientos metros. No todas tenían la misma altura. El tiempo había ido limando sus cúspides, conviniéndolas en muñones que todavía brillaban al sol.

A la derecha había algo elevado sobre un pedestal que nos llamó poderosamente la atención. Decidimos acercarnos más y cuando

llegamos a unos cien metros nos quedamos mirando, preguntándonos que había podido ser lo que tiempo atrás hubo sobre el gran pedestal de granito.

Sólo quedaban unos restos de metal, como dos columnas. Tomé los prismáticos y después de ajustarlos y mirar un rato, grité:

—¡Es una estatua! —pasé los prismáticos a Byron y proseguí alborozado—: Esos pilares sobre la pirámide truncada de granito son las piernas de un ser humano. Debió de ser una estatua gigantesca, de casi mil metros de altura.

Byron apartó los prismáticos de los ojos y asintió. Una ligera sonrisa afloraba en sus labios.

—Tienes razón, Pete —dijo—. Y juraría que estamos ante las ruinas de un puerto espacial. Un campo de lanzamiento de naves a las estrellas construidos por seres humanos, no por los antecesores de los repulsivos gusanos. ¡Esos monstruos que viven dentro de las llanuras de polvo no pueden ser descendientes nuestros!

Lo dijo con tal énfasis que le creí. O quería creerlo. Llenos de entusiasmo, dimos una pequeña vuelta por las torres de lanzamiento —para nosotros ya no podían tener otra utilidad— admirando su sólida construcción, capaz de haber soportado cientos o miles de años e incluso la rapiña de la raza que sucedió a la humana posteriormente, nacida o llegada al planeta siglos después de que los últimos humanos hubiesen abandonado la Tierra.

La noche se acercaba y pensamos que la meseta era un buen lugar para esperar la llegada del nuevo día.

—Base Pittman debe estar a poco más de treinta millas al Suroeste —dijo Byron después de hacer unos rápidos cálculos. No podía ocultar su nerviosismo—. Entonces saldremos de dudas para siempre. Nuestras esperanzas se habrán hecho realidad, no podremos pensar en escapar de este planeta y marchar en busca de nuestros hermanos.

Le miré frunciendo el ceño. ¿Qué quería decir?

Byron soltó una risa tímida.

—Tal vez mis teorías se fundamentan en querer que las cosas hayan sucedido según mis deseos, pero creo que estamos a miles de años de nuestro presente, Pete.

Mirábamos las ruinosas pero aún orgullosas torres, testimonios en

aquel desolado mundo del empuje de nuestra raza pese a todos sus defectos.

—Seguramente —siguió diciendo Byron—, hubo guerras, devastadores conflictos, pero la Humanidad tuvo tiempo de escapar a las estrellas, en donde ahora moran y confiemos que con mayor sensatez que antaño —indicó las torres—. Esto es la prueba. Y lo que queda de esa colosal estatua puede ser un testimonio que quisieron dejar. Tal vez fue una mujer o un hombre, no lo sé. Pero en esa gran estatua nuestros descendientes, Pete, pretendieron inmortalizar la figura del ser humano. Ellos pudieron escapar a tiempo de este planeta que ya no les servía.

—¿Y los gusanos? Hemos visto las ruinas de una ciudad que no podía ser tan antigua como estas torres. Y tampoco, humana.

—Pensemos que las radiaciones produjeron mutaciones y en algunos lugares de la Tierra se estaba dando comienzo a seres distintos a nosotros. La convivencia entre humanos y mutantes no podía ser pacífica. Por eso los humanos decidieron partir. Luego los gusanos o sus antepasados, que posiblemente no eran todavía gusanos, ocuparon el territorio que los humanos iban abandonando.

Le miré entre divertido y lleno de admiración.

—Creo que debiste escribir ciencia ficción en tus ratos libres, Byron.

Entonces tuve una revelación inesperada. Alejándose en dirección al autobús donde se preparaba la cena, Byron replicó:

—Lo hice. Pero usé seudónimo. Algún día te diré cual nombre supuesto usé —rio.

* * *

Creo que si aquella mañana, a temprana hora y desde la elevada posición donde estábamos, hubiese visto abajo una playa llena de hermosas y nudistas bañistas, no hubiese tenido una alegría tan grande.

En medio de un terroso valle, formando una isla de casi dos kilómetros de diámetro, estaba parte de base Pittman, lo que el acontecimiento producido en Chima había trasladado a través del tiempo.

Presa, de excitación, Byron me agarró de un brazo y dijo:

—Míralo, Pete. Allí, casi en el borde Norte de la base. Allí está el cohete.

Miré hacia allí a través de los binoculares.

Era una construcción de hormigón armado de unos cien metros de altura, abierta por un lado. A través de la ancha rendija podía ver el cohete. Antes de yo salir de la NASA había visto como era construido. Sabía que la mitad de su estructura estaba bajo tierra. Entonces pregunté si la profundidad de la isla trasladada en el tiempo era la suficiente para que con el cohete no hubiese pasado lo mismo que con el *Toyota*, que sólo apareció la mitad.

A un centenar de metros del cohete había una casamata, y más allá, casi en el otro extremo, unas provisionales construcciones de madera. Al lado había inedia docena de camiones del ejército americano.

Y vimos tres hombres.

Expulsé el aire que había estado conteniendo y dije:

—Bien, ahí está la base. Y también los actuales dueños —llamé a Carol y le pedí que a través de los anteojos tratara de identificar a los hombres.

La chica, después de mirar largo rato, dijo asintiendo con la cabeza:

—Sí, he reconocido a dos. Uno de ellos fue el que impidió que me llevasen con ellos. Y dos de los camiones aparcaron delante de la residencia.

Nos reunimos todos, excepto Carol que marchó con los niños, haciéndolos subir al autobús y diciéndoles que debían quedarse allí en silencio.

—Tenemos armas y podríamos intentar apoderarnos de la base a tiros —dije—. Pero esto sería aberrante. Además de exponer nuestras vidas, me parece absurdo que matemos a seres humanos. Byron dice que aunque sean veinte la nave está capacitada para llevarnos a todos si está en condiciones de despegar. Y desde aquí podemos confiar que así sea.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó Thomas—. ¿Arriesgarnos a que sean esos tipos los que nos maten? No sabemos de qué calaña son, pero son los que robaron la comida a los niños. ¿No es suficiente para pensar que son unos desalmados?

Byron movió la cabeza.

—Pero no les hicieron daño. Se marcharon. Ni siquiera tocaron a Carol y ellos dieron a entender que no tienen mujeres. Ante la perspectiva de abandonar este mundo podemos hacerles volver a sus buenos sentimientos. Son hombres que necesitan una esperanza. Cierto que el hecho de que robaran la comida es repugnante, pero también pudieron creer que los niños tenían más escondida.

—Y si seguimos suponiendo, ¿por qué no pensar que alguno está pensando en volver a por los niños?

Allen intervino:

—Dejemos esto. Thomas, estamos decididos a bajar en son de paz. ¿No estás con nosotros?

Thomas asintió. Apretó los labios y no volvió a hablar más.

—De acuerdo. Iremos solo los hombres. Las mujeres se quedarán en el autobús. Desde abajo no podrán verlo, pero ellas podrán observar lo que hacemos —Byron atajó el comienzo de las protestas de June y Adriana, añadiendo—: No quiero que os mostréis hasta que uno de nosotros suba a buscaros.

Le entregó los anteojos y nosotros subimos al jeep. Thomas no se despidió de su esposa, pero yo me las ingenié para hacerle un silencioso saludo a June mientras nos alejábamos ladera abajo.

Apenas entramos en la isla de nuestro tiempo cuando los hombres que estaban cerca de las casas nos vieron. Salieron otros y comamos hasta siete. Parecían ser todos.

Sin disminuir la velocidad del jeep y no mostrando ostensiblemente nuestras armas, seguimos aproximándonos.

Aquellos hombres estaban armados con carabinas y dos de ellos nos apuntaron con ellas.

Frenamos a pocos metros del primero y bajamos, dejando en el vehículo las escopetas y rifles. Pero yo decidí llevar escondida la Magnum.

Un tipo alto y con aspecto de leñador se acercó a nosotros.

CAPÍTULO IX

Dijo llamarse Ron Sickle y ser el jefe. Mientras hablábamos con él, sus hombres se dispersaron alrededor de nosotros vigilándonos.

Nos presentamos. Byron lo contó lodo, excepto que arriba, en las colinas, esperaban los niños de la residencia y dos mujeres. Al decirles Byron que éramos astronautas, el llamado Ron lanzó exclamaciones de asombro.

—Nosotros trabajamos en el tendido de líneas eléctricas de alta tensión a cien millas de aquí cuando nos vimos rodeados de un paisaje infernal. Nuestro camión desapareció. Apenas teníamos comida, ni armas. Nada —dijo Ron—. Sin destino fijo echamos a caminar. Fue horrible. Éramos once, pero cuatro murieron por el camino, cuando nos metimos en una zona infestada de gusanos. Vimos a nuestros compañeros cómo fueron metidos en unos agujeros, sin poderlos ayudar. Se los llevaron esos medio hombres que se arrastraban.

»Durante tres días anduvimos llenos de desesperación, muertos de sed. De pronto descubrimos esto -y extendió su áspera mano alrededor.

Me fijé que los rifles eran militares. Pregunté:

—¿No había nadie aquí?

Ron de repente echó un paso atrás, asiendo con fuerza su rifle.

—Un soldado. Un maldito crio medio loco. Nos dio el alto y creo que nos hubiera matado si Nat no le hubiese lanzado su cuchillo. Lo siento por el chico, pero nos moríamos de sed y él no quería dejarnos entrar. Gritaba que esta base es militar. Creo que no se dio cuenta de lo que había pasado.

—¿No había más soldados o técnicos de la base?

—No. ¿Es que no me creen? Repito que no me gustó matarle, pero no teníamos otra alternativa. Encontramos agua abundante y algo de comida. Los camiones tenían los depósitos llenos y decidimos explorar los alrededores.

Crucé la mirada con Byron y pregunté:

—¿Han encontrado más zonas como estas procedentes de nuestro

tiempo, Sickle?

Aquel hombre se mordió los labios y tardó más de lo normal en contestar:

—No. Si vimos unos metros cuadrados de vegetación normal, pero a nadie —nos miró con suspicacia—. ¿Es cierto que estamos en el futuro, que esa maldita explosión de China nos ha trasladado a este mundo nuestro que muere?

Byron asintió.

—En realidad está muerto. Y dudo que hayan más seres humanos. Es posible que existan, según mis cálculos, unas doscientas islas más desparramadas en varios Estados, pero no tenemos tiempo ni medio para explorarlas. Además, nuestras reservas de combustible son escasas.

—A nosotros nos pasa igual —asintió Ron.

Los hombres que nos rodeaban bajaron sus armas a una indicación del hombretón. Parecían confiarse en nosotros. Pero cuando yo vi que detrás de una barraca asomaba la parte trasera de un camión cisterna confirmé mi idea de que no podíamos fiarnos de Ron y sus amigos.

Nos había mentido dos veces ya. Había dicho que no encontraron a más humanos, cuando sabíamos que había robado la comida a los niños. Y aquel camión cisterna podía estar lleno de gasolina.

—Señor Sickle, queremos ver la astronave —dijo Byron.

Comprendí que había llegado el momento crucial en nuestras relaciones con aquel grupo.

—¿Por qué? Todo está cerrado. Es imposible abrir ninguna esclusa —Ron agregó sonriendo—: Habíamos pensado poner unas cargas de dinamita y ver si dentro de la nave hay algo de interés.

—Eso lo vamos a hacer mañana —dijo un jovenzuelo con mirada altanera. Tenía un rifle cruzado entre sus brazos.

—Entonces celebramos mis amigos y yo haber llegado hoy —dije.

—¿Por qué? —insistió el jovenzuelo. Caminaba como un pistolero de película del Oeste.

—Porque esa astronave significa nuestra última esperanza de

vivir. Nuestro porvenir no está en la Tierra, sino en las estrellas. Yo estaba aquí días antes que sucediese el extraño fenómeno que nos ha traído a este infernal futuro, señores. Y puedo asegurarles que con la ayuda de Pete Elwell y mía podremos viajar al quinto planeta de la estrella Sirio. Y si nuestras teorías no están equivocadas, podemos encontrar a nuestros hermanos. En último extremo llegaríamos a un planeta que estamos seguros es tipo Tierra.

El joven soltó una risotada.

—Y crear allí una nueva civilización, ¿no? —se secó la boca con un sucio pañuelo de hierbas—. Pero necesitaremos chicas, ¿no? No sería un problema entonces. Me gusta su idea amigo…

—Cállate, Harry —tronó Ron—. Hablas demasiado. Bueno, no creo que haya ningún inconveniente en mostrarles la nave. Pero aunque ustedes sean astronautas quiero que sepan que nosotros somos los dueños de todo esto.

A una indicación de Ron, tres hombres corrieron a jeep y se apoderaron de las armas. Luego empezaron a registrar lo que teníamos allí mientras nos dirigíamos a la nave.

—Tengo entendido que se precisa de mucha gente para lanzar al espacio un artefacto como ése —dijo Ron señalando con su mentón la nave—. ¿Cómo piensan arreglarlo? ¿Y si no tiene combustible?

—Tiene combustible y desde dentro podemos Pete y yo hacerla funcionar —dijo Byron—. Es complicado, pero estamos capacitados para ello. Claro que también necesitaremos la ayuda de algunos de ustedes, pero podrán hacerlo después de recibir unas ligeras instrucciones.

Sonreí interiormente. Comprendía que Byron estaba dándoles a entender que ellos nos necesitaban a nosotros. Más tarde, si veíamos que entre aquel grupo cundía el entusiasmo llamaríamos a las mujeres y los niños.

Al menos yo suponía que la presencia del grupo de escolares no perturbaría las buenas relaciones. Si el incidente del robo de comida se ponía al descubierto, le quitaríamos importancia, a la vista de las grandes reservas de alimentos que pensábamos encontrar dentro de *Mizar II*.

A mi lado caminaba el llamado Harry. En seguida comprendí que aquel joven era el más violento de todos. El tipo que había matado al solitario soldado era Nat y se trataba de un tipo taciturno y maduro.

Descubrí que llevaba su cuchillo en una funda colgada del cinturón. Debía ser rápido lanzándolo. Quizás confiaba más en el cuchillo que en un arma, va que su rifle lo llevaba colgando del hombro de mala gana.

Tal vez fue Harry quien propuso llevarse a Carol y Ron lo evitó. No por un acto de caridad, sino para no crear problemas en el grupo. Pero ellos sabían que estaban allí. Y podían ir en su busca en cualquier momento. Los otros cuatro hombres no parecían tener nada de especial, sino sus pocas ganas de hablar. No debían ser muy inteligentes cuando no demostraron ningún interés por lo que había dicho Byron respecto a lo sucedido en el mundo. Pero tenían que obedecer ciegamente a Ron.

Entramos en los grandes pilares de hormigón armado que sostenían la gran astronave. A nivel del suelo estaba una de las compuertas. Una escalera metálica además del ascensor llevaba a las esclusas superiores. Eran dos y por el momento no valía la pena ascender por las escaleras, ya que lógicamente el ascensor no podría funcionar al carecer de energía eléctrica.

—Es cierto que pensábamos volar esta puerta —dijo Ron—. Me alegro de no haberlo hecho. ¿Pero están seguros de abrirla?

Existía un sistema de seguridad que funcionaba como la combinación de una caja fuerte. Temblé al pensar que podían haberla cambiado después que Byron se marchase de la base para disfrutar de unas cortas vacaciones. Aunque aquellos hombres dispusieran de dinamita y por medio de la fuerza bruta se abriese, tal sistema inutilizaría la nave para siempre al destrozar la compuerta.

Vi que Byron se secaba el sudor y se inclinaba sobre el foso, mirando por encima de la pasarela que conducía hasta la cerrada esclusa. Yo miré también. Lo primero que debíamos saber era si la astronave estaba entera y no parte de ella había quedado en el pasado.

La luz que penetraba por el foso nos permitió ver casi cien metros más abajo que el *Mizar II* estaba entero. Entonces Byron se enfrentó al complicado sistema de cierre. Sus dedos se posaron en una serie de huecos circulares y empezó a presionarlos.

Cuando la compuerta de abrió con un seco chasquido empezamos a reír. Ron y los tres hombres que estaban con él hicieron lo mismo.

* * *

La inspección la comenzamos por los niveles inferiores. Dentro de

la nave había un sordo ruido, que al preguntar Ron qué era, expliqué:

—Existe un sistema eléctrico que funciona por medio de un generador atómico. Debemos alegrarnos que aún esté en actividad, pues en caso contrario los alimentos se habrían estropeado y esta nave sería incapaz de elevarse.

Lo primero que miramos, siempre guiados por Byron, fueron los depósitos de alimentos. Estaban llenos y los hombres lanzaron exclamaciones de asombro y alegría.

—Comida para cinco años y suficiente para cien personas. Además de las deshidratadas o congeladas, esta nave dispone de medios para producirla en cultivos hidropónicos —explicó Byron, insistiendo en el número de pasajeros para tranquilizar y disipar posibles dudas en Ron y sus hombres—. No habrá problemas con el agua porque el sistema de reciclaje es perfecto.

Había un ascensor capaz para cuatro personas que recorría la nave. Byron dijo que debíamos subir al puente de mando. Como no cabíamos todos pidió que se hicieran dos viajes. Tal como temía, Ron insistió en que él iría con tres de nosotros. Allen se quedaría para conducir a sus hombres en un segundo viaje.

No pudimos oponernos. Llegamos al reluciente puente de mandos. Ron se interesó por el sistema de comunicación interna y como aquello podía explicárselo Thomas, Byron y yo nos dirigimos al computador. No queríamos que nadie nos viese abrir la caja de seguridad donde estaban las cintas con las rutas hacia Sirio.

De reojo, vi que Thomas se tomaba muy en serio su inesperado cometido de cicerone. Hablaba en voz baja con Ron y muy deprisa, mientras indicaba las pantallas de televisión que controlaban todos los niveles y los medios de comunicación de a bordo.

A Byron le costó más tiempo de lo previsto abrir la caja de seguridad. Cuando lo consiguió extrajo unos cilindros de acero y después de asegurarse de su contenido, me sonrió y empezó a guardarlo.

En aquel momento entraron en el puente de mandos Nat, Harry, otro hombre de Ron y Allen. Byron empezó a cerrar la caja cuando un estentóreo grito de Ron le hizo detenerse.

Ron avanzó hacia nosotros, apuntándonos con el rifle. Nos miró hoscamente y después de plantarse a un par de metros, dijo:

—Odio a los embusteros. Tal vez hubiésemos llegado a un acuerdo, pero no me gustan las mentiras.

Le volvimos la mirada, estupefactos. Cuando Thomas se puso detrás de Ron empezamos a comprender que aquel tipo nos había traicionado, sobre todo cuando empezó a sonreír ladinamente.

—No entiendo lo que quiere decir, señor Sickel —dije.

—¡Cállese! En las colinas está el autobús con dos mujeres, la chica y los niños de la residencia. Son ustedes astutos. Pensaban dejarnos aquí y usted, señor Elwell, pretendía que el señor Ganister se pudriese en este mundo mientras se largaba con su esposa, ¿eh?

—¡No es cierto! —grité—. Nadie tiene por qué quedarse. Hay espacio y alimentos para todos.

—No puedo creerles ya. Creo que van a quedarse aquí ustedes tres. Pero seremos magnánimos y nos llevaremos a las mujeres y los niños.

Harry asintió riendo.

—¡Magnifico! Será un viaje muy distraído.

—No podrán hacer nada sin nosotros, Ron —dijo Byron.

—¿De veras? —rio Ron—. No sea tonto, señor White. Precisamente lo que ha convencido de que no debemos confiar en ustedes es que esta nave puede ir a Sirio sola, automáticamente. Ganister me ha indicado que ese cilindro es la llave.

Antes de que Byron pudiese hacer nada, Nat se lo arrebató de un manotazo. Ron tomó el cilindro y después de mirarlo, lo abrió. Las grabaciones saltaron en sus manos.

—No las dañe —advirtió Byron.

Ron le miró, devolviéndolo todo dentro de la caja, pero sin cerrarla.

—Es usted muy considerado, señor White. Creo que irá con nosotros. Soy precavido y creo que su presencia no estaría de más.

—Ayudaré si vamos todos.

Ron se negó con la cabeza.

—No. Odio a los mentirosos, pero soy agradecido. Thomas

Ganisier me ha hecho un gran favor y a cambio de serme fiel me ha pedido que Pete Elwell se quede aquí.

Allen me miró sorprendido y luego a Thomas, a quien dijo:

—Sucio, asqueroso cerdo, ¿por qué Elwell?

Thomas se adelantó y me escupió, añadiendo:

—Invité a Pete Elwell para matarlo. El me engañó con mi mujer y ella quería el divorcio. Por medio de White le hice ir a mi casa para proponerle un empleo. Sabía que eran amigos, cuando descubrí quien fue el tipo que estuvo unas semanas acostándose con mi mujer, yendo ambos de un lado para otro del país. Pero mis detectives descubrieron quien era el amante de June y prometí vengarme de él. John Callahan debía simular un accidente mientras cazábamos, pero Pete le hirió la noche del traslado en el tiempo. Pero antes de morir me lo contó todo, que los sorprendió cuando intentaban escapar jumos precisamente esa noche.

—Oh, Ganister, es una estupidez pensar ahora en venganzas —dijo Byron—. Somos pocos los humanos que quedamos y nos necesitamos los unos a los otros. Si esta diminuta comunidad empieza a pelear entre sí no será posible llegar a Sirio.

—Con mi autoridad, sí —sentenció Ron.

—¡Es que no comprenden que mi odio contra ese hombre me corre por las entrañas! —exclamó Thomas—. Por vengarme de él alquilé la casa y organicé la cacería, con el único fin de matarle. ¡Si no hubiese sido por eso yo no estaría aquí, en este mundo horrible, no habría ido a Tennessee y hubiese estado en el perímetro de la casa que se vio afectado por la explosión clima! ¡Él es el culpable y debe quedarse aquí para que muera lentamente!

—Ya está bien de charlas. Bajemos todos —dijo Ron echándose a un lado—. Tenemos que avisar a las mujeres. Ya Thomas me ha dicho que ellas no bajarán hasta que alguien vaya a buscarlas.

De nuevo abajo, bajo el tibio sol, decidí jugar mi última baza.

Aproveché una distracción de nuestros guardianes y lanzándome sobre Thomas comencé a golpearle con furia.

Recibí unos culatazos, golpes en los riñones y caí sobre el polvo medio inconsciente.

En medio de una nube de girones grisáceos vio como renqueante,

casi empujado por Ron, Thomas montaba en el jeep e iba en busca de las mujeres.

CAPÍTULO X

Escuché que Harry decía:

—Déjame que le pegue un tiro en la nuca, Ron.

—No. Por poco puedo dar satisfacción a ese sapo de Thomas —replicó el jefe del grupo.

Luego dijo Byron:

—Si Pete se queda o le hace algo no les ayudaré.

—Es igual. Estoy convencido que insertando la cinta en el computador llegaremos a Sirio. Si lo desea, puede quedarse con su amigo. Pero le advierto que no dejaremos una miga de pan ni un sorbo de agua —terminó Ron riendo, siendo coreado por los demás.

Yo estaba sentado en el suelo, sintiendo cerca de mi cabeza el frío cañón del rifle de Nat. Desde allí vi cómo descendía desde la colina el autobús, seguido a poca distancia del jeep.

Me volví. Dos hombres vigilaban a Allen y a Byron. Nat estaba a mi lado. Ron, Harry y los dos tipos restantes se adelantaron un poco, saliendo al encuentro de los vehículos.

El jeep frenó primero y a continuación lo hizo el autobús. A través del cristal vi que Adriana lo conducía. A su lado estaba Carol. No vi a June y me intranquilicé.

Moví desesperado la cabeza. Había confiado que June estuviera observando la base con los anteojos. Si ella había visto como yo pegaba a Thomas y luego los hombres de Ron nos separaban, dando muestras de estar de parte de él, yo había confiado que se alejaran de allí, intuyendo que las cosas se ponían mal para nosotros.

Incluso había confiado que más tarde las mujeres llegasen a nosotros y... Chasqueé la lengua. Me había hecho conjeturas, un montón de fantasías.

Del jeep saltó Thomas, con su pesado chaquetón de cuero y el gorro de caza calado hasta la ceja. Tomó un rifle de repetición, que reconocí era el que tenía Adriana. ¿Dónde estaba la escopeta que dejé a June?

Ron y los tres hombres se acercaron al autobús. La puerta se abrió

y salió Carol. Luego bajó Adriana.

Intenté revolverme y Nat me golpeó suavemente con la culata. Me doblé sobre mí mismo y algo me lastimó el costado. Casi me quedé sin respiración. ¡Era la *Magnum*! No comprendí como la había olvidado. Y también parecía inconcebible que me hubiesen registrado. Claro que el único que hubiera podido sugerirlo era Thomas, que por supuesto no sabía que yo tuviese la única pistola del grupo.

Me quejé y me llevé la mano dentro de mi chaqueta, revolcándome por el suelo.

Entonces Thomas, que hasta entonces estaba de espalda, se volvió y con la acción se le cayó el gorro. Los cabellos de June se agitaron en el viento y ella disparó varias veces.

Uno de los hombres que vigilaban a Allen y a Byron cayó al suelo con el vientre destrozado.

Adriana sacó de dentro del autobús la escopeta y disparó los dos cañones al mismo tiempo. Dos hombres que estaban junto a Ron saltaron hacia atrás, cayendo pesadamente de espaldas contra el polvoriento suelo.

Entonces yo di un puntapié en los tobillos de Nat y empuñé la Magnum. Disparé contra la cara de Nat y la cabeza estalló como una fruta, salpicando de sangre y masa encefálica su alrededor.

Ron retrocedió disparando su rifle. Varios disparos dieron en el jeep y los faros saltaron convertidos en añicos. June volvió a disparar, alcanzando a otro hombre. Entonces sonó un disparo y vi a June caer dentro del coche.

Grité y me lancé contra Harry. Me planté frente a él y el jovenzuelo empezó a tartamudear, moviendo sin ton ni son su rifle. Sentí una rabia infinita, recordé que quiso secuestrar a Carol y sin pensarlo más disparé.

Las balas produjeron grandes boquetes en su estrecho pecho. Casi lo partí por la mitad. Antes que cayese Byron le estaba quitando el arma. Se volvía contra Ron cuando sonaron más tiros. Byron hincó una rodilla en el suelo y vi que le manaba sangre de la herida.

Ron le había herido y ahora corría hacia el autobús, donde Adriana había empujado a Carol al interior y ella estaba cargando de nuevo la escopeta.

—¡Ron! —grité.

El individuo se paró en seco y volvió la cara. Su mirada incrédula debió verme apuntarle con la *Magnum*, que sujetaba con las dos manos.

Entonces Ron abrió la boca. Miró a su alrededor, descubriendo que estaba solo. Sus hombres habían muerto.

Y dejó caer el rifle, para alzar tembloroso después las manos hacia el cielo.

Yo avancé hacia él, echando miradas inquietantes hacia el jeep. Las piernas de June asomaban por un lado. Antes de saber si estaba viva, o tal vez pensando que si June no había sido nada más que herida no iba a ser luego capaz de disparar contra un hombre que se rendía, quise creer que la mujer que amaba estaba muerta.

Furioso, cegándome yo mismo, disparé contra Ron.

Lo hice tres veces, hasta que el cargador quedó vacío y luego el percutor estuvo cayendo varias veces sobre cartuchos inservibles.

Ron recibió los tres impactos. Uno en el pecho, a la altura del corazón. Creo que los otros dos entraron en su cuerpo cuando ya caía muerto.

Noté que la mano firme de Byron me arrebataba el arma, haciéndome mirar hacia el jeep. June se estaba levantando. Tenía una herida en el hombro. Grité su nombre y corrí hacia ella.

* * *

Cuando volvimos a las colinas en busca de Thomas, que las mujeres habían dejado maniatado, sólo encontramos las cuerdas. Thomas había desaparecido. Seguimos sus huellas un par de kilómetros, hasta que se perdieron en tierra dura.

Se lo dije a June y ella, con el brazo sujeto por un pañuelo que pendía del cuello, bajó la mirada y dijo:

—Creo que estaba loco. Vi lo que sucedía por los anteojos, Pete. Entonces cuando llegó Thomas diciéndonos que todo estaba bien no le creímos y lo atamos. Le pusimos un trapo en la boca para que no gritase, pero no sé hacer bien los nudos y cuando todo acabó debió desatarse y escapar. ¡Desdichado!

—No tenemos más remedio que esperarle. Considero inhumano dejarle aquí. Esperaremos.

Ella no dijo nada. Fui a reunirme con mis amigos, que después de llevar los cadáveres a un extremo de la base en un camión estaban cavando una fosa. Tendríamos trabajo. Una fosa para siete debía ser grande y profunda.

Mientras tanto, Carol y Adriana atendían a los chicos, que por primera vez desde que estaban con nosotros parecían reír y saltar de alegría ante la visión imponente del cohete estelar.

Cuando llegué junto a Byron, éste dijo escupiendo en las palmas de sus manos dispuesto a aferrar la pala:

—Lamento que hayan muerto todos, pero de todas formas es mejor así. Habrían sido un problema a bordo —miró a los chicos—. Y llevaremos con nosotros el más preciado cargamento: las semillas de nuevas generaciones de humanos en Sirio V.

* * *

Thomas Ganister no volvió.

June insistió en que debía dar una batida por los alrededores. Comprendí que ella quería tranquilizar su conciencia y también la mía.

Con el jeep describimos unos amplios círculos alrededor de la base, sobre terreno hostil.

Yo pensaba que un hombre sin agua ni comida no podía ir muy lejos.

Unos tres kilómetros hacia el Norte, fuera del perímetro de la base, vimos como unas figuras se alejaban de nosotros, saltando de detrás de unas rocas.

Dije a June que se quedase en el jeep, que detuve a pocos metros. Entonces yo con la Magnum amartillada di la vuelta a las rocas y sentí ganas de vomitar.

Aún pude ver como unas especies de gusanos pequeños y negros, con una voluminosa cabeza, se alejaban. Uno de ellos se detuvo unos instantes antes de entrar en un agujero, pareció volverse hacia mí y me demostró su rabia por mi intromisión.

Abrió la enorme boca y mostró una doble hilera de afilados dientes.

Le disparé, pero aquel pequeño monstruo saltó dentro del agujero

y desapareció por él.

Me volví de nuevo tuve que reprimir mis deseos de vomitar.

Lo que quedaba del cuerpo de Thomas apenas era la cabeza, parte del tronco y un brazo, sobre un charco de sangre y restos.

Volví al lado de June, que me esperaba ansiosa. Me pasé la mano por la cara y traté de recobrar el color de mi cara.

—¿Qué has visto? ¿Por qué has disparado?

No respondí y puse el motor en marcha, haciéndolo girar y emprendiendo el regreso al campamento.

—¿Thomas? —preguntó ella.

—Si. Estaba muerto. De insolación tal vez. Cuando esos bichos habían acudido ya llevaba muchas horas muerto.

* * *

Durante los días siguientes hicimos los preparativos para el gran viaje.

Byron confirmó que la nave estaba en óptimas condiciones y podíamos partir al día siguiente.

Allen encontró unas cámaras fotográficas y rollos vírgenes de película. La nave estaba bien provista de este material, además de laboratorio, filmadoras y repuestos abundantes.

Durante todo el día se dedicó a captar parte del paisaje que nos rodeaba.

—Dejaremos a nuestros descendientes un buen recuerdo —rio.

Al día siguiente, muy temprano, embarcamos a los niños en la nave. Ya cada uno sabía cuál era su camarote y todos estaban entusiasmados ante la idea de viajar a las estrellas. El hecho de que debíamos estar en el espacio dos años no les inquietaba.

—Son jóvenes —dijo June—. Tiene toda la vida por delante.

—Nosotros no somos viejos —reí.

La conduje hasta el puente de mando, justo en el momento en que Byron insertaba en el computador las cintas del viaje.

—Hola, Pete. Vamos a partir en seguida. Tenemos diez minutos hasta la partida.

—¿Necesitas mi ayuda? —pregunté—. Recuerda que fui expulsado de la NASA, la visión de un ojo me falla.

—No digas tonterías. Desde este momento yo te devuelvo tu empleo primitivo —rio Byron.

—¿Entonces eres el capitán del *Mizar II* legalmente?

—Creo que sí. Si nadie se opone...

—Claro que no. Entonces tenemos el tiempo justo para una ceremonia, Byron.

Mi amigo me miró ceñudo.

—¿Qué ceremonia?

—Escucha, tal vez. Sirio V esté poblado ya o no. En cualquier caso June y yo deseamos tener legalizada nuestra situación. ¡Queremos que nos cases, Byron!

Y la partida se retrasó unos minutos más de lo previsto. Todos asistieron a nuestro enlace. Luego devolvimos los niños a sus camarotes, Carol y Adriana me besaron deseándome felicidad. Byron me dijo que ya estaba bien, pero me necesitaba en el puente. Fingiendo enfado echó a todo el mundo del puente.

Pasé mi día de bodas con Byron en el puente, hasta que el *Mizar II* cruzó la órbita de Plutón y su velocidad era ya cercana a la de la luz.

Entonces los dos dejamos el puente y vi cómo Byron se refugiaba en su reducido despacho, en donde sacó un libro de la librería y empezó a hojearlo sin poder concentrarse en las líneas.

Mientras me dirigía al camarote que compartiría con June, me crucé con Carol. La chica resplandecía de felicidad y me pareció muy bonita. Era en realidad una mujer. Le pregunté por Allen y ella me replicó picarescamente que no le había visto, y tampoco a Adriana.

Iba a alejarme cuando me llamó, preguntándome:

—Pete, ¿dónde está Byron?

Tardé unos instantes en decírselo. Y ella se marchó riendo, tal vez divertida por la expresión de asombro que puse.

Pero es que estaba pensando que había sido un idiota al no darme cuenta hasta entonces que a bordo viajábamos tres parejas adultas. ¡Bueno, Carol podía ser considerada adulta también! Tenía casi dieciocho años.

Los seis nos encargaríamos de cuidar a los veinte niños y niñas. Mitad y mitad.

Si en Sirio no había seres humanos, si estaban nuestros descendientes aún más lejos, no me preocupaba.

En el *Mizar II* había de todo para emprender una nueva vida.

Silbando, me dirigí a mi camarote.

FIN


Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la
Selección
TERROR
que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

